P. VÍNDEL
LIBRERO
ANTICUARIO
9, Calle del Prado, 9.
MADRID

6778

Hugo (Victor)
María Tudor

José González de Velasco

See Hidalgo IV. 108.

Montevideo, 1840

Theodor. de Victor Hugo

MARIA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

VICTOR HUGO.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN ESTE COLISEO A BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR D. JOSE DE LA PUERTA, EL 28 DE FEBRERO DE 1840.

MONTEVIDEO.

Imprenta del Nacional.

1840.

MARIA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS

DE VICTOR HUGO.

PERSONAGES.	*ACTORES.*
[ARIA, Reina de Inglaterra.	Da. M. D. de Quijano.
UANA, hija y heredera de lord Talbot . . . . . ,	Da. C. de la Puerta.
ILBERTO, su amante.	D. José de la Puerta.
ABIANO FABIANI, favorito de Maria . . . . . ,	D. Eulogio Zemborain.
IMON RENARD, Embajador de España , , , , , , , , , , ,	D. Santiago Gonzalez.
OSUE FARNABY, llavero, , , , ,	D. Manuel Martinez.
n judío, , , , , , , , , , , ,	D. Luis Cogoy.
NEAS DULVERTON, condestable,	D. Antonio Castañeda.
ORD CLINTON , , , , , , , ,	Resto de la Compañia.
ORD CHANDOS , , , , , , , ,	
ORD MONTAGÚ , , , , , , , ,	
ORD GARDINER, canciller , , ,	
n carcelero, , , , , , , , ,	
ortesanos.	
ages.	
uardias.	
l verdugo.	

La escena es en Londres año de 1553.

IMPRENTA DE JOSÉ ANLLO

V. HUGO

MARIA TUDOR.

JORNADA PRIMERA.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

PERSONAGES.

Gilberto.
Fabiano Fabiany.
Simon Renard.
Lord Chandos.
Lord Clinton.
Lord Montagú.
Josué Farnabi.
Juana.
Un judio.

613247

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/maratudordramaen23914hugo

JORNADA PRIMERA.

Playa solitaria á orillas del Tàmesis: un viejo redon arruinado oculta la orilla del rio: à la derecha a casa de pobre apariencia: en el àngulo una pequeña àtua de la Virgen, à cuyo, pié en una reja de hierro, de una lámpara. En el fondo, mas allà del Tàme-, se ve Londres; distinguense dos grandes edificios, torre de Londres y el palacio de Westminster, Em-zza à anochecer.

Escena I.

Varios grupos de hombres por la playa, entre os Simon Renard, Jhon Bridges *baron de Chandos,* berto Clinton *baron de Clinton, y* Anthonny Bro- *vizconde de Montagú.*

CHANDOS.

Teneis razon, Milord; por fuerza ese maldito italiano ha echizado á la Reina. No puede pasar à èl. Para él solo vive, solo para él está alegre, solo él escucha. Si está un dia sin verle sus ojos se ortiguan como en el tiempo que amaba al carde- l Polus; ¿os acordais?

SIMON.

Sì por cierto; apasionada como entonces, y por siguiente celosa.

CHANDOS.

El italiano, no hay duda, la ha hechizado.

MONTAGU.

A propósito dicen que los de su nacion tienen filtros paro eso.

CLINTON.

Los españoles son diestros en componer venenos que matan, y los italianos que hacen amar.

CHANDOS.

Entonces Fabiani es á la vez español é italiano. La Reina está enamorada y enferma, con que le habrà dado de los dos.

MONTAGU.

Pero en realidad, ¿es italiano ò español?

CHANDOS.

Parece cierto que ha nacido en Italia, pero que ha sido educado en España; y dice que está enlazado con una de las buenas familias españolas. Lord Clinton sabe esto por la punta de los dedos.

CLINTON.

Es un aventurero: ni español ni italiano: ingles menos, á Dios gracias; pero estos hombres que no tienen patria, no tienen piedad del pobre pais en que llegan á ser poderosos.

MONTAGU.

Deciais, Chandos, que la Reina estaba enferma á fé que no le impide el mal, pasar una vida alegre con su favorito.

CLINTON.

¡Vida alegre! ¡vida alegre! Mientras ella rie el pueblo llora, y el favorito colmado de riquezas y de honores. La Reina ha dado á ese hombre los bienes

lord Talbot, ¡del gran lord Talbot! Le ha hecho
de de Clanbrasil y baron de Dinasmonddy... ¡á
Fabiano Fabiani que se dice de la familia espa-
a de Peñalver, y que miente! Es par de Inglater-
como vos Montagú, como vos, Chandos, como
nley, como Norfolk, como yo, como el Rey....
ene la jarretiera como el infante de Portugal, co-
el Rey de Dinamarca, como Tomas Percy, sèp-
o conde de Northumberland!...¿Qué tirano mayor
este que nos gobierna desde su cama? Jamas la
laterra sufrió un yugo mas pesado. Yo soy viejo,
ores, y puedo hablar.—En Tiburn hay setenta
cas nuevas, las hogueras siempre encendidas,
npre ardiendo, nunca se apagan; el hacha del
dugo que todas las mañanas se afila, por la tarde
està embotada: cada dia se corta la cabeza de al-
hidalgo. Antes de ayer Blantire, ayer Nortcur-
hoy Sout-Reppo, mañana Tirconnel, la semana
xima sereis vos, Chandos, y yo á la otra tal vez.
lores, milores... es una verguenza, una ignominia,
tantas honradas cabezas inglesas caigan de este
do por solo el capricho de no se que miserable
nturero que ni aun siquiera es de este pais. Es
roroso, insufrible, el pensar que un favorito napo-
no pueda tirar tantos tajos como quìera desde la
nara de esa Reina. ¡Pasan los dos una vida alegre,
is! Por Dios, que es bien infame. ¡Ah! pasan
a vida alegre como enamorados, interin á su puer-
el corta-cabezas hace viudas y huerfanos! ¿su gui-
ra italiana suena à compas del ruido de las cade-
! ¡O Reìna! haceis venir cantores de la capilla de
ignon, todos los dias teneis en vuestro palacio co-
dias, bailes y funciones de música... ¡Por Dios!

Señora, menos alegria en vuestra habitacion y m
nos duelos en nuestras casas: menos farsantes ahí
menos verdugos aquí: menos teatros en Westmin
ter y menos cadalsos en Tiburn.

MONTAGU.

Cuidado con lo que decis. Lord Clinton, nos
tros somos sùbditos leales: nada contra la Reina, to
contra Fabiani.

SIMON.

(*Poniendo la mano en el hombro à lord Clinto*
¡Paciencia, milord!

CLINTON

¡Paciencia!.. eso es muy fàcil decirlo, Sim
Renard... Vos que sois bailío d'Amont en el fra
condado, súbdito del emperador y su legado en L
dres: que representais aquí al prìncipe de Espa
futuro marido de la Reina. Vuestra persona
sagrada para el favorito, ¡pero nosotros! ya lo ve
para vos, Fabiani, es lo que para la oveja el past
para nosotros lo que el carnicero. (*Anochece.*

SIMON.

No me incomoda á mi menos ese hombre. V
sotros temeis por vuestra vida, yo por mi créd
Aun hay mas. Yo obro y callo, muestro me
cólera que vos, milord, y le aborrezco mas. Yo d
truiré al favorito.

MONTAGU.

¡Ah! ¿y como? todo el dia estoy pensando en
SIMON.

No es de dia cuando se hacen y deshacen
favoritos de las reinas; es de noche.

CHANDOS.

Pues esta es bien oscura y horrorosa.

SIMON.

Yo la encuentro muy bella y á propòsito para ideas.

CHANDOS.

¿Qué intentais hacer?

SIMON.

Ya lo vereis. Milord Chandos, cuando una er reina el capricho reina, y entonces la política stá sujeta á cálculo sino á casualidades. Con na- puede contar; por el dia de hoy no puede de- rse lo que será el de mañana; y los negocios se an á una carta, no al algedrèz.

CLINTON.

Todo eso está bien, pero al caso. ¿Cuando nos reis del favorito? Es urgente, mañana se deca- á Triconel.

SIMON.

Si yo puedo encontrar esta noche el hombre busco, Tirconel mañana por la noche cenará vosotros.

CLINTON.

¿Que decis? ¿Y Fabiani que se habrá hecho?

SIMON.

Teneis buena vista, milord?

CLINTON.

Si por cierto, á pesar de que yo soy viejo y la e está obscura.

SIMON.

¿Veis bien á Londres al otro lado del rio?

CLINTON.

Sí, ¿por què?

SIMON.

Mirad con atencion. Desde aquí se descubre alto y lo bajo de la fortuna de todo favorito. We minster y la torre de Londres.

CLINTON.

Y bien ¿què?

SIMON.

Si Dios me ayuda, en el momento que hal mos todavia hay allí un hombre (*Señala a Westm ter,*) mañana á estas horas estará aquí. (*Señala torre.*)

CLINTON.

¡Dios os proteja!

MONTAGU

El pueblo no le aborrece menos que nosot ¡què fiesta habrá en Londres el dia de su caida!

CHANDOS.

Nos ponemos en vuestras manos, Señor Ba disponed de nosotros: ¿que hay que hacer?

SIMON.

¿Veis bien esta casa? (*Mostrando la casa po* Es la del Tallista Gilberto. Dispersaos con vue gentes, pero sin alejaros de modo que la perda vista. Sobre todo, no hacer nada sin mi.

CHANDOS.

Está dicho. (*Se van por varios lados.*)

SIMON.

(*Queda solo.*) Un hombre como el que ne to no es facil encontrar. (*Se va.*) *Entran Gilbe*

na apoyada en su brazo con direccion à su casa.
té con ellos envuelto en una capa.

Escena II.

Juana, Gilberto y Josué Farnaby.

JOSUE.

Os dejo aquí, amigos mios; ya es de noche y
go que volverme á la torre á cumplir con mi
gacion de llavero: ¡ah! yo no soy libre como
tros, ¿lo veis? un portero de la cárcel no es mas
una especie de preso. Juana, Gilberto, á Dios.
anto me complazco, amigos mios, en veros dicho-
¡ah! dime Gilberto, ¿cuando es la boda?

GILBERTO.

De aquí á ocho dias.

JOSUE.

Pasado mañana es Navidad; el dia de los de-
y de los aguinaldos; pero yo nada tengo que
ar para vosotros: ¿que mas belleza para la novia
as amor para el novio? es imposible: ¡sois muy
iosos!

GILBERTO.

?Y tú, buen Josué, no lo eres?

JOSUE.

Yo, ni dichoso ni desgraciado; todo me es in-
rente. Mira, Gilberto *(Entreabre su capa y deja un manojo de llaves que pende de su cintura,)* las
es de las prisiones que me suenan siempre al
hablan y me sujieren con su ruido toda suerte
ensamientos filosóficos. Cuando yo era jòven era
o cualquier otro, enamorado todo un dia, ambi-

cioso todo un mes, loco todo un año. Esto era tiempo de Henrique VIII. Que hombre tan singul por cierto era este Henrique VIII! Hombre que ca biaba de mugeres como una muger de vestidos: E pudiò á la primera, hizo cortar la cabeza à la segu da, y abrir el vientre á la tercera: en cuanto á cuarta la perdonó es verdad, pero la arrojo del tro y en desquite hizo decapitar á la quinta. No cre bella Juana, que lo que os digo son los cuentos Barba-azul, es la historia de Henrique VIII. Yo aquel tiempo me comprometí en las guerras de ligion, y me batia por unos ò por otros; por el llevaba la ventaja: era lo mejor que podia hace entonces por que la cuestion era muy delicada. trataba de ir nada menos que en pro ò en contra Papa. El partido del Rey ahorcaba á los que i en pro, y estos quemaban á los que iban en con Los indiferentes, esto es, los que ni à favor de un otro iban se les quemaba, ó se les ahorcaba ind rentemente. Salia quien podia. Deciais sì, la cu da: no, la hoguera; ni si, ni no, la hoguera y la cu da. Yo mismo que os estoy ahora hablando he sen la chamusquina de muy cerca, y no estoy seguro que no me hayan ahorcado dos ò tres veces. Era tiempo hermoso, igual al de ahora con corta diferencia. Pues bien, yo me batia por todo esto, y al lleve el diablo si se por quien me batiria. Si vienen hablando otra vez de Lutero y del P Paulo III, me encojo de hombres. Cuando los ca llos estàn blancos, Gilberto, es menester no reco las opiniones por qué se hacia la guerra, ni las geres à quiénes se hacia el amor á los veinte aí unas y otras nos parecerian muy feas, muy vie

y mezquinas, muy desdentadas, muy arrugadas, y necias. He aqui mi historia. Ahora me he rado de los negocios, no soy soldado del Rey ni Papa, solo carcelero de la torre de Londres. me bato ya por nadie, y meto à todo el mundo o de llave. Viejo portero de la cárcel, tengo un en el calabozo y otro en el sepulcro, y recojo los tos de los ministros y favoritos que se hacen pe- os en el cuarto de la Reina. Esto es muy diver- o: tengo ademas una hija tierna á quien amo, y engo á vosotròs que os amo tambien, y si sois hosos yo lo soy igualmente.

GILBERTO.

En este caso sé feliz, Josué ¿no es verdad Jua-
(*Juana está distraida.*)

JOSUE.

Yo nada puede hacer para tu felicidad, pero na lo puede todo; ¡tu la amas! Nunca podré virte de nada, por que á Dios gracias no eres un n señor para necesitar alguna vez al llavero de la re de Londres. Juana, no obstante, desquitarà deuda al mismo tiempo que la suya, por que los te lo debemos todo. Ella era una pobre criatura erfana y abandonada, tu la recogiste y la has edu- o: yo me ahogaba un dia en el Tamesis, y tu sacaste del agua.

GILBERTO

¿Aque fin hablar siempre de eso, mi buen Josuè?

JOSUE.

Porque nuestro deber es amarte, yo como un mano, Juana.... no como una hermana.

JUANA.

No, como una esposa, os comprendo Josué.

GILBERTO.

(Aparte á Josué) Mírala, Josué; ¿no es verda
que es hermosa, encantadora, que será digna de u
principe? Si tu supieras...pero no puedes figurar
como yo la amo.

JOSUE.

Cuidado, eso no es prudente: á una muger
se le ama tanto...á una hija es otra cosa.

GILBERTO

¿Qué quiere decir?

JOSUE.

Nada: dentro de ocho dias vendré ála boda. P
pero que los negocios de estado me dejarán entonc
un poco de libertad, y que todo se habrá ya concluid

GILBERTO

¡Como! ¿que se habrà concluido?

JOSUE.

¡Ah! tu no te ocupas de estas cosas: estás en
morado Gilberto, eres un hombre del pueblo: ¿que
importan las intrigas de allà arriba cuando aquí al
jo eres tan dichoso? Pero ya que me preguntas sa
que de aquí á ocho dias, acaso de aquì á veinte
cuatro horas, se espera que Fabiano Fabiani deja
su puesto cerca de la Reina á algun otro.

GILBERTO.

¿Quién es ese Fabiano Fabiani?

JOSUE.

Es el amante de la Reina; un favorito muy
lebre y muy hermoso que hace mas pronto cortar
cabeza á un hombre que le desagrada que un bur

estre flamenco se come una cucharada de sopa; el or favorito que despues de diez años ha podido sentarse al verdugo de la torre de Londres. Ya es que tiene diez escudos de plata por cada cabe- le gran señor de la corte, y à veces doble si la eza es de mucha consideracion. Figurate cuanto eseará la caida de Fabiani. Verdad es que yo so- ente oigo hablar de él en la torre á gentes de mal nor, que les deben cortar la cabeza de aquí á un , y por consiguiente descontentos.

GILBERTO.

Dejemos á los lobos que se devoren entre sí. ie nos importa á nosotros de la Reina y su fa- ito?

JOSUE.

¡Oh! hay una terrible conspiracion contra Fa- ni ; si puede escapar será dichoso. No me sor- nderia que esta noche tuviese algun mal lance, oo de ver dando vueltas por allí muy pensativo á ion Renard.

GILBERTO.

¿Quien es ese Simon Renard?

JOSUE.

¡Como! ¿no lo sabes? es el brazo derecho del em- ador en Londres. La Reina debe casarse con el ncipe de España, y Simon Renard es su legado a de ella. La Reina le aborrece, pero le teme; y a puede contra èl. Ya ha destruido tres favoritos: ece que este es su instinto: limpia el palacio de ndo en cuando; es hombre muy sagaz, muy mali- o, que sabe todo cuanto pasa, y está metido en to- las intrigas. Con respecto á lord Paget, ¿no me preguntado quien era este lord Paget? Es un

hidalgo muy despejado que estuvo en los negocios e tiempo de Henrique VIII. Es del consejo privado tiene tal ascendiente, que los otros ministros no osa respirar delante de él, como no sea sin embargo Canciller milord Gardiner, que le detesta. Este Ga diner es un hombre de genio violento, pero de mu noble cuna. Paget al contrario, es hijo de un misei ble zapatero, y fuè hecho baron Paget de Beand sert en Sttaford.

GILBERTO.

¡Como relata de corrido todas esas cosas el bu no de Josué!

JOSUE.

¡Por Dios vivo! á fuerza de oir hablar á los pr sos del Estado. *(Simon en el fondo.)* Gilberto, hombre que sabe mejor la historia de estos tiemp es el portero de la torre de Londres.

SIMON.

(Desde el fondo que ha oido sus últimas palabr

Os engañais, amigo mio, es el verdugo.

JOSUE.

(Bajo à Gilberto y Juana.) Retiremonos un co. *(Simon se aleja lentamente.)* Sin duda alguna el mismo Simon Renard.

GILBERTO.

Todas estas gentes que andan rondando mi c no me gustan.

JOSUE.

¿Que diablos vendrá á hacer por aqui? me pronto porque me parece que está prepar dome que hacer. Adios, Gilberto; adios, b Juana.

JOSUE.

¿Que diablos vendrá á hacer por aquí? voime
nto por que me parece que está preparandome
hacer. Adios, Gilberto; adios, bella Juana.

GILBERTO

Adios, Josué. Pero dime. ¿Que es lo que ocul-
ahi bajo tu capa?

JOSUE.

¡Ah! yo tambien tengo mi complot.

GILBERTO.

¿Que complot?

JOSUE.

¡Oh! un enamorado todo lo olvida: acabo de
ordaros que pasado mañana era Natividad, el dia
os aguinaldos y de los regalos. Los cortesanos
vienen una sorpresa á Fabiani; yo por mi parte
vengo tambien la mia. La Reina va á tomar
nuevo favorito, y yo á dar una muñeca á mi
(*Saca una muñeca de debajo de la capa,*) nueva
bien; veremos cual de los dos romperá mas pron-
u piquete. Adios, amigos mios.

GILBERTO

Adios, buen Josuè. (*Josué se va alejando: Gil-
o toma la mano de Juana, y la besa apasiona-
ente.*)

JOSUE.

(*En el fondo*) ¡Oh! ¡Cuan grande es la provìden-
á cada uno da su entretenimiento: la muñeca
niña, la niña al hombre, el hombre á la muger,
muger.... al diablo. (*Se vá.*)

Escena III.

Gilberto y Juana.

GILBERTO.

Tambien es preciso que yo me vaya. Adi Juana; dormid bien.

JUANA.

¿Que no entrais esta noche conmigo como ot veces?

GILBERTO.

No puedo: tengo esta noche qne concluir u obra en mi taller; un mango de puñal para un lord Clanbrasil, que no conozco, y que me lo pedido para mañana por la mañana.

JUANA.

Entonces, buenas noches, Gilberto, hasta r ñana.

GILBERTO.

No, Juana, todavia no, un momento. ¡Dios n ¡Cuanto me cuesta separarme de vos, aunque sea sino por algunas horas! Vos sois mi vida, mi v dadera alegria; mas por lo mismo es preciso que vaya á trabajar, ¡somos tan pobres! no quiero ent porque me detendria demasiado; y sin emba soi tan debil, que no tengo bastante fuerza para me tan pronto. Esperad; sentemonos algunos mentos sobre este banco: me parece que no me rá tan dificil el marcharme como si entrase en c y sobre todo en vuestro cuarto. (*Se sientan y la la mano*) Juana, ¿me amas?

JUANA.

¡Oh! ¡todo os lo debo Gilberto! lo se aunque

lo habeis ocultado por mucho tiempo. Era yo mui
a, casi estaba en la cuna, cuando *mis* padres me
ndonaron, y vos me recogisteis. Hace diez y seis
s, que vuestros brazos trabajaban por mí como los
n padre, y vuestros ojos han velado sobre mí como
le una madre. ¡Que seria yo sin vos, Dios mio!
lo lo que poseo me lo habeis dado; todo cuanto
es obra vuestra: trabajais noche y dia por mí, os
ais la vida, os matais; ahora mismo, ¡que noche
á pasar por mí! ¡Y jamas una reconvencion, un
do, una palabra dura! ¡tan pobre vos, y hasta
mas frívolos deseos, mis caprichos todos los satis-
is! ¡Gilberto! no pienso en vos sino con las la-
nas en los ojos: ¡habeis carecido algunas veces de
, y yo nunca de lazos. de adornos inutiles! Qui-
a besar la tierra que pisais.

GILBERNO.

¿Pero me amas? di. ¡Ah! todo eso no es decir
me amas: tengo necesidad de esa palabra sola,
na; gratitud, reconocimiento.... ¡ah! yo no hago
) de ello....amor, amor solo es lo que quiero....ò
a.... la muerte. Hace diez y seis años que eres
hija; ahora vas á ser mi muger: yo te adoptè,
ero ahora unirme à tí; eres mi prometida, lo sa-
.... ¡dentro de ocho dias! ¡ah! tu me amabas cuan-
me lo prometiste. Juana, hubo un tiempo en
me decias, levantando tus hermosos ojos al cielo:
te amo! Yo siempre te veo lo mismo que enton-
pero tu me parece que de algunos meses acá
cambiado algo; sobre todo hace tres semanas,
le que mi trabajo me obliga á ausentarme por las
hes. ¡Oh! Juana, yo quiero que me ames; estoy
stumbrado á ello. Tu tan alegre antes, ahora tan

triste y pensativa, no fria, no, por que haces lo p
sible para no estarlo; pero yo conozco que las palabr
de amor no salen de tu boca con la sencillez, con
naturalidad que otras veces. ¿Qne tienes? ¿Es q
no me amas ya? Yo ciertamente soy un hombre
bien, un artesano honrado; pero quisiera mas bi
ser un asesino, un ladron, y que tu me amases.

JUANA.

¡Gilberto!::::(*Llorando.*)

GILBERTO.

¡Ah! veo correr tus lagrimas:::: Son de aleg
¿no es verdad? ¡ah! tengo necesidad de creerlo así:
hay dicha en el mundo como la de ser amado. ¡Q
me hablas de lo que he hecho por tí! una sola pa
bra de amor, y deja á un lado toda tu gratitud;
crimen cualquiera, mi condenacion eterna si es p
ciso. ¿Pero serás mi esposa? ¿me amas? Mira,
una sola mirada tuya, te daria todo cuanto po
por una sonrisa mi vida, por un beso mi alma.

JUANA.

¡Que noble corazon!

GILBERTO.

Oye Juana. Rie de mi si quieres, soy un l
un celoso, como te parezca; pero no te ofendas. H
algun tiempo que veo algunos Señores rondar
aquí: y tengo ya treinta y cuatro años. ¡Qué fa
dad para un infeliz artesano sin gracia, mal ves
como yo, que no es jòven ni hermoso, amar una
chacha de diez y siete años, bella, encantadora, y
atrae á sí los jóvenes y brillantes caballeros d
corte, como la luz á las mariposas! ¡Ah! yo pade
pero no te ofendo nunca en mi imaginacion; à ti
eres tan honrada. tan pura; à ti, cuya frente solo

os la han tocado. Solamente me parece que te uda demasiado ver pasar algunas veces la comitiva s cabalgatas de la Reina, y esos bellos trages de y de terciopelo, bajo los cuales hai tan poca al- y tantos corazones vacios. Perdoname por Dios; ¿porque vienen por aqui tantos jovenes Seño- ¡ah! ¿porque no soy yo joven hermoso, noble y ? Gilberto el tallista, nada mas. Ellos lord Chan- lord Gerard, Fitz Gerard, el conde d'Arundel, uque de Norfolk. ¡Ah! ¡Cuanto los aborrezco! pa- i vida cincelandò puños para sus espadas, cuya quisiera hundirles en el pecho.

JUANA.

¡Gilberto!::::

GILBERTO

Perdon Juana. ¿No es verdrd que el amor hace s hombres malvados

JUANA.

No; los hace buenos. ¡Vos lo sois tanto!

GILBERTO.

¡Ah¡ ¡Cuanto te amo! Cada dia mas, siempre as dueño de mi corazon. Yo estoy loco::::perdona- cuanto he dicho: es tarde, y es preciso que me a. ¡Dios mio! ¡Cuanto me cuesta dejarte! entra casa: ¿no tienes la llave?

JUANA.

No: hace algunos dias que no se que se ha ho.

GILBERTO.

Aquí está la mia. Hasta mañana. Acuérdate de hoy todavia soy tu padre, dentro de ocho dias marido. *(la besa en la frente y se va.)*

JUANA.

(Sola) ¡mi marido! ¡ah! no; no consentiré yo crìmen. ¡Pobre Gilberto! me ama....¡y el otro...¡Si no hubiera preferido la vanidad á el amor! ¡desgr ciada! ¿de cual de los dos dependo ahora? ¡ah! ¡S muy ingrata y muy culpable! Pero oigo pasos, e tremos pronto. *(Entra en la casa.)*

Escena IV.

Gilberto, un hombre envuelto en una capa un gorro amarillo en la cabeza, conduciendo à G berto por la mano.

GILBERTO.

Si te conozco; eres el pobre judìo que andas estos alrededores hace algunos dias. ¿Pero que quieres? ¿porque me traes aquì?

EL HOMBRE.

Es lo que tengo que deciros, no puedo hac sino aquí.

GILBERTO.

Y bien, que es, habla, despacha.

HOMBRE.

Escùchame jòven. Hace diez y seis años noche mìsma en que lord Talbot fué decapitado crímen de papismo y de alta traicion, sus part rios fueron destruidos enteramente en Londres los soldados de Henrique VIII; el fuego durò tod noche en las calles. Esta misma noche un jòven tesano, mucho mas ocupado de su trabajo que d guerra, estaba velando en su tienda....La prime la entrada del puente de Londres...Una puerta á la derecha...,en la pared hay aun restos de pin

rada...Podrian ser las tres de la mañana; pelea- por la otra parte, y las balas silvando atravesa- el Tàmesis. De repente llamaron à la puerta rtesano, por cuyas rendijas se dejaba ver algu- laridad: abrió y entrò un hombre desconocido. hombre llevaba en sus brazos una criatura en tillas que lloraba de espanto. El hombre la dejó e la mesa y dijo: ahí teneis una criatura que no e padre ni madre: despues saliò cerrando tras si uerta. El artesano no tenia tampoco padre ni re, adoptó á la criatura, el huerfano á la huerfa- La adoptò, cuido de ella, la vistiò, la alimentó, lucò, la amó y se entregó todo à esta pobre cria- que la guerra civil habia arrojado á su tienda. o lo olvidò por ella, su juventud, sus distraccio- sus placeres; hizo de esta criatura el objeto úni- e su trabajo, de sus cuidados, de su vida; y ha- iez y seis años que dura todo esto. Gilberto, vos el artesano; la criatura....

GILBERTO

s Juana. Todo cuanto has dicho es verdad, ¿pero nde vas á parar.

EL HOMBRE.

He olvidado decir que à los pañales de la cria- habìa prendido con un alfiler un papel que de- tened piedad de Juana.

GILBERTO.

Y estaba escrito con sangre: he conservado ese el y siempre le llevo con migo. Pero tu me ator- tas: ¿à donde vas à parar, di?

EL HOMBRE.

A lo que voi á deciros. Ya veis que estoy entera-

do de vuestros negocios. ¡Gilberto! velad esta noche sobre vuestra casa.

GILBERTO.

¿Qué quieres decir?

EL HOMBRE.

Nada mas. No vayais á vuestro trabajo; quedaos en estas inmediaciones: velad. yo no soy amigo ni enemigo vuestro; pero os doy este consejo: ahora para no estorbaros, dejadme. Idos por ese lado, y acudid si ois que os llamo.

GILBERTO.

¿Qué significa esto? *Se và.*

Escena V.

EL HOMBRE SOLO.

La cosa se dispone bien: tenia necesidad de algun hombre joven y robusto para que me diera auxilio en caso de apuro. Este Gilberto es à propòsito Pero me pareee que oigo ruido de remos, y el so de una guitarra en el rio. Si. *(Va al paredon oyes una voz lejana que canta, y una guitarra) (la voz s va oyendo mas cerca.)*

FABIANI.

(Dentro Cantando.)

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fe constante, eterno amor.
Canta, canta dueño hermoso
Quiero oir tu dulce voz:

Cual la del amor divino,

Tu sonrisa encantadora,
La sospecha cruél, traidora,
Hace huir el corazon.
Rie, rie y yo adivino
La sonrisa de tu amor.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar senti tu seno
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca "amor".
Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon.

Cuando dices "yo te amo"
Por calmar mi afan, mis celos,
Me parece que los cielos
Se entreabren à tu voz.
Amame cual yo te amo,
Y no haya mas celos, no.

EL HOMBRE.

Ya desembarca. Bien. Despide al gondolero. erfectamente. *(volviendo.)* Ya viene aquí. *(Fabiani tra embozado en la capa y se dirije à la casa.)*

Escena VI.

El Hombre y Fabiano.

EL HOMBRE.

Deteniendo à Fabiani. Una palabra, caballero.

FABIANI.

Creo que es á mì, que querrá este pillo ¿quién es?

EL HÓMBRE.

Quien vos querrais, Señor.

FABIANO.

Este farol alumbra mal; pero llevas un gorro amarillo que parece de judio: ¿eres un judio?

EL HÓMBRE,

Si, un judio: tengo que deciros.

FABIANO.

¿Como os llamais?.

EL HOMBRE.

Yo se vuestro nombre, y vos no sabeis el mio tengo sobre vos esta ventaja, permitidme que la conserve.

FABIANO.

¿Sabes mi nombre? ¿tú?

EL HOMBRE.

Sin duda. En Napoles os llamabais Signor Fabiano, en Madrid D. Fabian, en Londres os llamais lord Fabiano Fabiani conde de Clanbrasil.

FABIANO.

¡El diablo cargue contigo!

EL HOMBRE.

Dios os guarde á vos.

FABIANO.

Mira que te haré dar de palos. No me gusta que se sepa mi nombre cuando voi solo por la noche

EL HOMBRE.

Y sobre todo cuando vais donde vais.

FABIANO.

¿Qué quieres decir con eso?

EL HOMBRE.

¡Si la Reina lo supiese!

FABIANO.

Yo no voi à ninguna parte.

EL HOMBRE.

Si milord; vais á casa de la bella Juana, la pro-
ietida de Gilberto el tallista.

FABIANO.

¡Que diantre! este hombre es peligroso.

EL HOMBRE.

¿Quereis aun que os diga mas? Vos habeis se-
ucido á esa muchacha, y en el espacio de un mes os
a recibido dos noches en su casa; esta es la tercera:
s está aguardando.

FABIANO.

Calla, calla: ¿quieres dinero por callar? ¿Cuan-
o quieres? dí.

EL HOMBRE.

Luego hablaremos de eso. Ahora, milord, ¿qu'e-
eis que os diga porque habeis seducido á esa mu-
hacha.

FABIANO.

¡Vive Dios! porque estoy enamorado de ella.

EL HOMBRE.

No; vos no estais enamorado.

FABIANO.

¿No estoy enamorado de Juana?

EL HOMBRE.

Lo mismo que de la Reina. Amor no. cálcu-
, sí.

FABIANO.

¡Ah! calla, picaro; tu eres mi conciencia en tra-
de judio.

EL HOMBRE.

Voy pues à hablaros como vuestra oonciencia.

milord. He aquì vuestra historia. Sois el favorito d
la Reina, la Reina os ha dado la jarretiera, el con
dado, la señoria: cosas huecas todo; la jarretiera e
un andrajo, el condado una palabra, la señoria un de
recho para que os corten la cabeza: otra cosa mejo
os era necesaria; necesitabais, milord, buenas tierras
estensas posesiones, palacios magnificos y cuantiosa
rentas en libras esterlinas. El Rei Henrique octav
habia confiscado los bienes de lord Talbot decapitad
diez y seis años hace: vos habeis hecho que la Rein
os los diese; pero para que la donacion fuera valida
era preciso que lord Talbot hubiera muerto sin su
cesion. Si existiere un heredero ò una heredera su
ya como lord Talbot muriò por la Reina Maria
por Catalina de Aragon su madre, como lord Talbo
era papista y la Reina Maria tambien lo es, no ha
duda que os quitaria estos bienes, por mas que sea
su favorito, milord, y los volveria al heredero ó he
redera de lord Talbot, por justicia, por reconoc
miento, por identidad de religion. Vos estabais mu
tranquilo por este lado; lord Talbot jamas habia t
nido mas que una hija que habia desaparecido de
cuna á la época de la ejecucion de su padre, y qu
toda la Inglaterra creia muerta: pero vuestros espi
descubrieron ùltìmamente que en la noche en qu
lord Talbot y su partido fueron exterminados po
Henrique octavo una criatura habia sido misterios
mente depositada en casa de un artesano tallista e
el puente de Londres, y que era probable que es
criatura criada bajo el nombre de Juana, fuese Ju
na Talbot, la hija que desapareció á la época de
muerte de su padre. Las pruebas auténticas de s
nacimiento faltaban es verdad; pero de un dia á ot

)dian encontrarse, y este incidente era embarazoso.
erse acaso un dia forzado á devolver à una mucha-
ıa Shersbury Wexfford, que es una hermosa ciu-
ıd, y el magnifico condado de Waterford es muy
ıro. ¿Qué hacer pues? Vos habeis hallado un me-
o de destruir y reducir á la nulidad á esta mucha-
ıa. Un hombre de bien la hubiera hecho envene-
ır ò dar de puñaladas; vos lo habeis hecho mejor,
habeis deshonrado.

FABIANO.

¡Insolente!

EL HOMBRE.

Vuestra conciencia es quien habla, milord, otro hubiera quitado la vida; vos el honor, es decir el orvenir. La Reina es hipocrita; goza poca salud; ıede morir, y entonces vos su favorito, caerias arrui-ıdo bajo su tumba. Las verdaderas pruebas de la cistencia de esa joven podian encontrarse, y enton-s aun deshonrada por vos, Juana seria reconocida or la hereda de lord Talbot. Vos, empero habeis evisto este caso; sois un caballero jóven, de buena sa; de una figura interesante; os habeis hecho amar ella; se ha entregado à vos, y lo peor que pudiera cederos era casaros con ella. No querais defrau-ros de la invencion de este proyecto, milord; yo lo llo sublime, y si no fuera yo quien soy, querria r vos.

FABIANO.

Gracias.

EL HOMBRE.

Habeis manejado con destreza la intriga habeis ultado vuestro nombre; estais asi á cubierto por rte de la Reina. La pobre muchacha se cree sedu-

cida por un caballero del país de Sommerset llama do Amyas Pawelet.

FABIANO.

¡Todo, todo lo sabe! Este hombre ve el fond de los corazones: pero vamos dime, ¿dìme que es l que quieres?

EL HOMBRE.

Milord, si alguno tuviese en su poder los pape les que hacen constar el nacimiento la escistencia, e derecho de la heredera de lord Talbot, esta circuns tancia os haria pobre, pobre como mi ascendiente patriarca Job; no os dejaria otros palacios, D. Fabia no, que los que teneis en España, es decir, en vues tra imaginacion; esto seria muy contrario á vuestro planes.

FABIANO,

Si, pero nadie tiene esos papeles.

EL HOMBRE.

¿Y si alguno los tiene?

FABIANO.

¿Quien?

EL HOMBRE.

Yo.

FABIANO.

Tu ¡bah! ¡miserable! es falso, imposible: jud que habla, boca que miente.

EL HOMBRE.

Yo tengo esos papeles.

FABIANO.

Mientes....¿donde están?

EL HOMBRE.

En mi bolsillo.

FABIANO.

No lo creo....¿estan en regla? ¿nada les falta?

EL HOMBRE.

Nada, nada absolutamente.

FABIANO.

Entonces, damelos: los necesito.

EL HOMBRE.

Poco á poco.

FABIANO.

Judio, dame esos papeles.

EL HOMBRE.

Mui bien. Judío, despreciable, mendígo, que as de calle en calle y de puerta en puerta, ¡dame ı ciudad de Sherwsbury, la ciudad de Wexfford, el ondado de Waterfford, dadme por Dios una limosna!

FABIANO.

Esos papeles son para mì todo para tí nada.

EL HOMBRE.

Simon Renard, y lord Chandos me los paga- ian muy bien.

FABIANO.

Simon Renard y lord Chandos son dos bribones, ntre quienes te hare ahorcar á tí.

EL HÓMBRE.

¿No teneis otra proposicion que hacerme? ádios.

FABIANI.

Ven aeá, judio. ¿Que quieres por esos papeles?

EL HOMBRE.

Una cosa de las que llevais encima.

FABIANO.

Mi bolsillo?

EL HOMBRE.

¡Què disparate! ¿Quereis vos el mio?

FABIANO.

Entonces, ¿que?

EL HOMBRE.

Un pergamino que no abandonais jamas; qu tiene una firma en blanco de la Reina, en que ju por su corona conceder al que se la presente la gr cia que le pida. Dadme esa firma en blanco y os do los titulos de Juana Talbot; papel por pàpel, milor

FABIANO.

¿Y para que los quieres tú?

EL HOMBRE.

Oíd, aquí se juega limpio: os he dicho ya vue tros proyectos, voy á hablaros ahora de los mios: y soy uno de los principales banqueros judios de la c lle de Kantersten, en Bruselas; doy mi dinero á pre tamo; ese es mi oficio: presto diez y me vuelve quince, y presto á todo el mundo, al diablo mismo viniera y al papa tambien. Hace dos meses que u de mis deudores ha muerto sin pagarme; era este u antiguo criado de lord Talbot que pudo emigrar dejò á su muerte solo cuatro arapos de que yo m apoderé. Entre ellos habia una caja que conten unos papeles, eran los de Juana Talbot, con to su historia escrita circunstanciadamente, y apoya con pruebas para mejor ocacion. La Reina de Ingl terra acababa de daros los bienes de esta huerfan y justamente yo tenia necesidad de la Reina de I glaterra para un prestamo de diez mil marcos de or He pensado que podiais servirme de algo, y he v nido à Inglaterra con este disfraz, he espiado vue

os pasos, los de Juana, y todo por mi mismo. Así es mo he descubierto lo que acabo de deciros, y aqui e teneis. Sereis dueño de los papeles de Juana albot si me dais la firma en blanco de la Reina. n cima pondrè que ella me da los diez mil marcos oro: algo me debiais por el corretaje, pero no quie- que riñamos; diez mil marcos de oro, y nada mas. o os pido à vos la suma por que solo una testa ronada es capaz de pagarla. He aqui lo que se lla- a hablar sin rodeos. Ya veis, milord, dos hombres estros como vos y yo, nada ganarian en engañarse o á otro. Si la franqueza huyese de nuestro suelo volveria á hallar unícamente en una conversacion solas entre dos bribones.

FABIANO.

Pero es imposible; yo no puedo darte esa firma: ez mil marcos de oro! ¿Que diria la Reina? Y ego, yo puedo caer en desgracia mañana; y esta ma en blanco es un salvo conducto para mi, es mi beza.

EL HOMBRE.

Y ami que me importa.

FABIANO.

Pideme cualquiera otra cosa.

EL HOMBRE.

Esa es la que quiero y nada mas.

FABIANO.

Judio, dame los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Milord, la firma en blanco de la Reina.

FABIANO.

Vamos, ¡maldito judio! es preciso ceder. *(Saca pergamino de su seno.)*

EL HOMBRE.

A ver la firma de la Reina.

FABIANO.

A ver los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Despues. *(Se asercan al farol, Fabiani puest detras del judío le presenta con la mano izquierda e pergamino delante de los ojos; el hombre lo ecsamina.* "Nos Maria Reina...." Esta bien. Ya veis, miloro que soy de vuestra escuela; todo lo he calculado, l he previsto.

FABIANO.

(Saca un puñal con la mano derecha y le da un puñalada.) Menos esto.

EL HOMBRE.

Traidor....socorro.... *(Cae; al caer arroja detra de si hácia lo obscuro un paquete cerrado.)*

FABIANO.

(Echàndose sobre el.) Creo que le he muert con efecto; pronto, veamos esos papeles. *(Le registra* Pero ...¡que! nada, nada lleva encima, ningun pape ¡viejo infame! Mentia, y me engañaba, me robab ¡Y por nada le he muerto! asi son todos estos judio la mentira; y el robo. Pero, vamos, desembarac monos del cadaver, no puede quedar delante de es puerta. *(Yendo hacia el fondo.)* A ver si esta aun barquero, que me ayudò à arrojarlo al Tamesis. *(Ba ja, y desparece detras del paredon.)*

GILBERTO.

(Entrando por el lado opuesto.) ¡Me parece q he oido un grito! *(Repara en el cadaver tendido ba el farol.)* ¡Dios mio! ¡un hombre muerto! ¡el mendig

EL HOMBRE.

¡Ah!.... venis ya tarde, Gilberto; [*Señala con el dedo el sitio adonde tiro el paquete.*] Recoged ese paquete: son los papeles que prueban que Juana vuestra prometida es la hija y la heredera del lord Talbot. Mi asesino es el lord Clambrasil, el favorito de la Reina....¡ah! ... yo me ahogo....me muero....Gilberto, vengame y vengate. [*Muere.*]

GILBERTO.

¡Ha espirado!...¿que me vengue?... ¿que quiso decir?... Juana hija de lord Talbot.... lord Clambrasil... el favorito de la Reina...¡oh!....mi cabeza se trabia... [*Sacudiendo el cadaver.*] Habla, habla una palabra sola... Está bien muerto.

Escena VII.

Gilberto y Fabiani.

FABIANO.

[*Volviendo.*] ¿Quien vá?

GIBERTO.

Acaban de asesinar á un hombre.

FABIANO.

¿No; á un judio?

GILBERTO.

¿Y quien le ha muerto?

FABIANO.

¡Par diez! vos ò yo.

GILBERTO.

¡Caballero!

FABIANO.

Aqui no hai testigos, un cadaver en tierra, dos hombres á su lado; ¿cual de los dos es el asesino? no hai prueba que sea el uno mas bien que el otro; que sea yo mas bien que vos

GILBERTO.

¡Miserable! Vos sois el asesino.

FABIANI.

Y bien, yo soy...¿y qué?

GILBERTO.

Voy á dar aviso á la justicia.

FABIANO.

A ayudarme á echar este cadaver al agua es lo que vais.

GILBERTO.

Voy á haceros prender y castigar.

FABIANO.

Ayudadme os digo.

GILBERTO.

¡Qué descaro!

FABIANO.

Creedme, buen hombre; borremos de aquí todo indicio; vos estais mas interesado que yo en ello

GILBERTO

Veremos quien puede mas.

FABIANO.

Uno de los dos le ha muerto. Yo soy un gran señor, un noble lord: vos un cualquiera, un villano un hombre de la plebe. El hidalgo que mata á un judio paga cuatro sueldos de multa; un plebeyo que mata á otro es ahorcado.

GILBERTO.

¿Y os atreveriais?

FABIANO,

Si me denunciais, os denuncio; se me creerá mas bien que á vos, y en todo caso el juego es de

gual. Cuatro sueldos de multa para mí, la horca pa-
a vos.

GILBERTO.

¡Ningun testigo! ¡ninguna prueba! ¡oh! yo me
nfundo! el miserable me tiene cogido, no hay duda.

FABIANO.

¿Os ayudarè yo á echar el cadáver al agua?

GILBERTO.

¡Ah! ¡sois el demonio!

FABIANO.

Si....(*Toman el cuerpo entre los dos y lo llevan
ista el paredon.*) A fè que ahora amigo mio, no se
al de los dos ha muerto à ese hombre. (*Bajan por
tras del paredon.*) (*Se oye caer el cuerpo al agua.*)

FABIANO.

Ya está hecho. buenas noches; camarada; an-
d á vuestros quehaceres. (*Se dirige hàcia la casa,
se vuelve viendo que Gilberto lo sigue.*) ¿Que es eso?
ue quereis? ¿algun dinero por el trabajo? en con-
encia no os debo nada; pero tomad. (*Le da la bol-
à Gilberto. cuyo primer movimiento es de rehusar-
; pero luego la toma como meditando que puede ser-
rle para sus designios.*) Ahora id con Dios, vamos,
ue aguardais?

GILBERTO.

Nada.

FABIANO.

Corriente: quedaos ahì si quereis. El fresco de
noche para vos; para mi la linda muchacha. Dios
guarde. (*Se dirige à las puertas de la casa propo-
endose à abrirla.*)

GILBERTO

¿A donde vais?

FABIANO.

¡Pardiez! á mi casa.

GILBERTO.

¡Como! ¿á vuestra casa?

FABIANO.

Si; á mi casa os digo.

GILBERTO.

¿Quién de los dos es el que sueña? hace un ins
tante me deciais yo era el asesino del judio; ahor
que esa casa es la vuestra.

FABIANO.

O la de mi querida; viene à ser lo mismo.

GILBERTO.

Repetidme lo que acabais de decir.

FABIANO.

Ya que lo quereis saber, amigo mio, os he dich
y os repito, que esa casa es de una bella muchach
llamada Juana que es mi *querida.*

GILBERTO.

Y yo milord, digo que mientes; que eres un im
postor, un asesino; que tu madre fué azotada en l
plaza pùblica por el verdugo, y que cogere tu cabez
entre mis dos manos, y te cortaré esa lengua y es
boca infame.

FABIANO.

Poco á poco. ¿Qué diablo de hombre es este?

GILBERTO.

Soy Gilberto el tallista Juana es mi prometid

FABIANO.

Y yo soy el caballero Amyas Pawlet. Juana e
mi querida.

GILBERTO.

Mientes, te digo; tu eres lord Clambrasil, el ıvorito de la Reina. Imbécil, crees que yo lo ignoro.

FABIANO.

Todo el mundo me conoce esta noche. He aqui tro hombre peligroso, y que será necesario desha- erme de él.

GILBERTO.

Dime al momento que has mentido como un ıfame, y que Juana no es tu querida.

FABIANO.

¿Conoces tu su letra [*Saca un papel.*] Lee. *Aparte, interin que Gilberto con un temblor convulsi- o desdobla el papel.*] Me importa que entre en su ısa, y arme con Juana alguna cuestion, para dar lu- ar á que lleguen mis gentes.

GILBERTO.

[*Leyendo.*] "Estaré sola esta noche: podeis ve- ir". ¡Maldicion! Milord, tu has deshonrado á la ıuger que yo habia elegido por esposa, eres un infa- ıe...dame una satisfaccion.

FABIANI.

Estoy pronto. ?donde está tu espada?

GILBERTO.

¡O rabia! ¡Ser un hombre de la plebe, no tener ıcima una espada ni un puñal!...¡nada! Anda, yo te speraré por la noche á la esquina de una calle, te avaré mis uñas en tu garganta, y te asesinaré. ¡Mi- erable!.

FABIANO.

Despacio camarada, sois muy vivo de genio.

GILBERTO.

¡Oh! Milord, yo me vengaré de ti.

FABIANO.

¡Tú, tú vengarte de mi! ¡tù tan bajo, yo tan alto! eres un loco, te desafio.

GILBERTO.

¿Tu me desafias?

FABIANO.

Si.

GILBERTO

Te acordaras bien.

FABIANO.

Es menester que el sol de mañana no salga par este hombre. [*Alto.*] Amigo, creedme, entra en t casa. No me ha gustado que hayas descubierto est intriguilla; pero te abandonó la hermosa. Mi inten cion á la verdad no era de llevar la cosa tan lejos. En tra en tu casa; si no tienes llave, ahì va una: [*se l arroja à los pies,*] ó si te parece mejor no tienes ma que dar cuatro golpecitos en esa ventana; Juana cree rá que soy yo, y te abrirá. Buenas noches. [*Vase.*

Escena VIII.

Gilberto solo.

¡Se ha marchado!:::¡ya no está aquí! ¡y yo no l he confundido, no lo he pulberizado bajo mis pie ¡Me he visto precisado á dejarle ir! ¡ni una miser ble arma sobre mi! [*Repara en el puñal con que lor Clambrasil ha muerto al judio: le recoge con ansia con furor.*] ¡Ah!.::::¡llegas demasiado tarde!::: no p drás matar á nadie probablemente mas que á m pero vengas del cielo ó del infierno, es igual; yo t bendigo. ¡ah! ¡Juana me ha hecho traicion, se ha en tregado á ese infame! ¡Juana es la heredera de lo Talbot! ¡La he perdido para siempre! ¡oh! ¡Di mio; he aquí en el espacio de una hora multitud d

contecimientos horribles que mi cabeza no puede oncebir! [*Simon en el fondo.*] ¡Oh! ¡quiero vengarme e este hombre! vengarme de lord Clambrasil. Pero si oy al palacio de la Reina, los lacayos me hecharan e allí à punta pies como à un perro. ¡Oh! estoy lo-o! ¡mi cabeza se arde! ¡la muerte me es indiferente! ero morir sin vengarme, no. Yo daria toda mi san-re con tal de vengarme. ¿No hay en el mundo ien quiera hacer conmigo este convenio? Quien iere vengarme de lord Clambrasil, y tomar en ago mi vida?....

Escena IX.

Gilberto y Simon Renard.

SIMON.

Yo.

GILBERTO.

Tú ¿quien eres?

SIMON.

Soy el hombre que deseas.

GILBERTO.

¿Sabes tú quien yo soy?

SIMON.

Eres el hombre que necesito.

GILBERTO.

Yo no tengo mas que un pensamiento, una sola ea. Vengarme de lord Clambrasil, y morir.

SIMON.

Te vengarás de él, y morirás.

GILBERTO.

Cualquiera que tu seas, gracias.... gracias.

SIMON.

Sì: lograràs vengarte como deseas, pero no o vides á que condicion: nececito tu vida.

GILBERTO

Tómala.

SIMON.

¿Estamos convenidos?

GILBERTO.

Sí.

SIMON.

Sígueme pues.

GILBERTO.

¿Adònde?

SIMON.

Ya lo sabrás.

GILBERTO.

Acuérdate que me has prometido vengarme.

SIMON.

Y que tú me has prometido morir.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

LA REINA.

JORNADA SEGUNDA.

PERSONAGES.

La Reina.

Gilberto.

Fabiano Fabiani.

Simon Renard.

Juana.

Señores de la Córte.

El verdugo.

Jornada IIª Escena IVª *Reina. El hombre de que hablais está allí; os escucha, os juzga y va á castigaros.*

JORNADA SEGUNDA.

Cámara de la Reina: un libro de los evanjelios ıbierto encima de un reclinatorio: la corona Real so- ›re un taburetillo: puertas á los lados; una grande en el ondo; una parte de él cubierto de una rica tapicería.

Escena I.

La Reina vestida magnificamente, recostada en un an- cho y cómodo canapé: Fabiano Fabiani á su lado en una silla de tijera; traje suntuoso y elegante la jarretiera.

FABIANO.

(*Con una guitarra en la mano, y cantando.*)

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fé constante, eterno amor.
Canta, canta, dueño hermoso,
Quiero oir tu dulce voz.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar sentí tu seno,
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca "amor."—

Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon. (*Cesa de cantar.*)

¡Ah, señora! no me es posible espresar cuanto os amo.... pero tanto como os amo á vos, aborrezco á ese Simon Renard, tan poderoso, tan altivo, que se atreve á mandar aqui mas que vos.

REINA.

Ya sabeis que respecto á ese asunto, nada puedo hacer, milord: es el que representa aqui al principe de España, mi marido futuro.

FABIANI.

¡Vuestro marido futuro!

REINA.

Vamos, milord, no hablemos de eso. Yo os amo, ¿que mas quereis? advertid ademas, que ya es hora de que os vayais.

FABIANI.

Maria, todavía un momento.

REINA.

Es ya hora que el consejo privado debe reunirse y si hasta hora no habido aqui mas que una mujer es preciso ya dejar entrar à la Reina.

FABIANI.

Pues bien, yo quiero que esa muger haga esperar à la puerta á la Reina.

REINA.

¿Vos lo quereis? ¿lo deseais? miradme bien, milord. Fabiano, ¡que cabeza tan bella tienes, tan encantadora!

FABIANI.

Vos, vos sois la hermosa, señora; vos, que n

endriais necesidad sino de vuestra hermosura para poderlo todo. En vuestra figura hay ciertamente alguna cosa que indica desde luego que sois la Reina; pero esto se halla mejor escrito en vuestra frente que en vuestra corona.

REINA.

¡Como me adulais!

FABIANI.

Yo te amo, María.

REINA.

¿Me amas? ¿es verdad? ¿á nadie amas sino á mi? vuélvemelo á decir otra vez de aquel modo, con aquellos ojos,....¡ah! nosotras las mugeres, por desgracia, no sabemos nunca lo que pasa en el corazon de un hombre: estamos obligadas á creer á vuestros ojos; y los mas bellos, Fabiano, son á veces los mas engañadores. Pero en los tuyos, milord, hay tanta realtad, tanto candor, tanta buena fé, que no pueden mentir, ¿no es verdad? Sì, tu mirada es como la de un ángel, sencilla y pura, mi bello page. ¡Oh! tomar la apariencia de unos ojos celestiales para engañar, seria cosa infernal, ò son tus ojos los de un ángel ò los de un demonio.

FABIANI.

Ni uno ni otro, son los de un hombre que os ama.

REINA.

Que ama á la Reina.

FABIANI.

No, que ama á María.

REINA.

Escucha, Fabiano: yo te amo tambien, si, te

amo; pero eres jóven, y hay muchas mujeres hermosas que te miran con ternura; yo lo sé, y por último una reina cansa como otra cualquiera. No me interrumpas. Si alguna vez te llegas á enamorar de otra muger, quiero que me lo digas. En este caso puede tal vez que te perdonára. Déjame acabar. Tu no sabes hasta que estremo te amo; y ni aun yo misma lo sé. Hay momentos, te lo aseguro, en que quisiera mas verte muerto, que feliz en brazos de otra; pero hay otros en que quisiera, á pesar de todo, verte dichoso. ¡Dios mio! yo no sé porque tratan de hacerme pasar en la opinion de todos por una muger malvada.

FABIANI.

Yo no puedo ser dichoso sino contigo, Maria; sola á tì amo.

REINA.

¿De veras? mìrame otra vez. ¿De veras? ¡Ah! yo estoy celosa por instantes; me figuro (y que muger no tiene estas ideas), me figuro algunas veces que me engañas. Quisiera ser invisible y poderte seguir por todas partes, y saber siempre lo que haces, lo que dices, en donde estás. Mira, en los cuentos de las hadas nos hablan de una sortija que hacia invisibles; yo daria por esta sortija mi corona Real. A cada instante me imagino que vas á ver las jóvenes hermosas que hay en la ciudad, que estas à su lado.....¡ah! ya ves que seria indigno el engañarme.

FABIANI.

Pero desechad de vuestra imajinacion esas ideas; ¡engañaros yo, mi señora, mi Reina, mi querida! Preciso es que fuera para esto el mas ingrato, e

as vil de todos los hombres. Pero yo no os he dado otivo para creer que fuera yo este hombre. ¡María, te amo! ¡Marìa yo te adoro! yo no podré nunca aun mirar siquiera otra mujer que á tí. Repito ue te amo; ¿que no ves este amor en mis ojos? ¡Oh, ios mio! hay en ellos sin embargo un acento de verd que deberia persuadirte. Vamos mirame bien; engo yo el aire de un hombre que te hiciera traion? Cuando un hombre se la hace á una mujer, seguida se le conoce; las mujeres no se engañan esto; ¿y que momento escojes, María para decirme as cosas! ¿el momento acaso en que yo te amaré s en mi vida! Efectivamente, me parece que jaás te he amado tanto como hoy. Yo no hablo aqui a Reina. ¡Pardiez! yo me burlo de su poder. ¿Que diera hacerme la Reina? ¿mandarme cortar la caza? y ¿que es esto para mi? Tú, María, tù puedes rtirme el corazon: no es á V. M. á quien amo, es i, Maria; tu blanca y hermosa mano es la que beso que adoro; pero no vuestro cetro señora.

REINA.

Gracias, mi Fabiano. Adios. ¡Que joven, mid, que hermosos cabellos negros, y que bella caza! ¡Dios mio!.... Volved de aqui á una hora.

FABIANO.

Lo que vos llamais una hora, yo la llamo un si. (*Vase.*) (*Asi que ha salido la Reina, se levanta precipitacion, vá à una puerta secreta, la abre, é induce à Simon Renard.*)

Escena II.

La Reina y Simon Renard.

REINA.

Entrad, señor Bailío. Y bien, ¿habeis estad ahí? ¿le habeis oido?

SIMON.

Si señora.

REINA.

¡Oh! es el mas embustero, el mas falso de todo los hombres. ¿Que me decis?

SIMON.

Digo señora, que se conoce muy bien qne tien un apellido que acaba en i.

REINA.

¿Y estais vos seguro que va de noche à casa d esa mujer? ¿le habeis visto?

SIMON.

Yo, Chandos, Clinton, Montagú, diez testig le han visto.

REINA.

¡Esto verderamente es infame!

SIMON.

La cosa ademas puede probarse mejor en momento. La muchacha está aqui, como ya díje V. M. La he hecho prender esta noche en su cas

REINA.

Pero es que el crímen de ese hombre no es ba tanté para hacerle cortar la cabeza.

SIMON.

No, efectivamente. Haber estado por la noc en casa de una linda muchacha.... V. M. hizo juzg

Trogmorton por un hecho semejante, y fué absuelto.

REINA.

Pero yo he castigado á sus jueces.

SIMON.

Temed no tengais que hacer otro tanto con los Fabiani.

REINA.

¡Oh! ¡como vengarme de este traidor!

SIMON.

¿V. M. no quiere vengarse sino de cierto modo?

REINA.

Del solo que sea digno de mí.

SIMON.

Trogmorton ha sido absuelto, señora. No hay mo un medio, que es el qne he dicho á V. M. El mbre está allí.

REINA.

¿Y hará todo lo que yo quiera?

SIMON.

Sì, como hagais vos lo que él desea.

REINA.

¿Dará su vida?

SIMON.

Pondrá sus condiciones, pero la dará.

REINA.

¿Que es lo que quiere? ¿sabeis?

SIMON.

Lo que vos quereis, vengarse.

REINA.

Decidle que entre, y quedaos por ahì adonde oigais sú vos.....Señor Bailìo.

SIMON.

Señora....

REINA.

Decid á milord Chandos que esté pronto ah en esa cámara inmediata con seis hombres de m guardia atentos á la primera señal. La mujer tam bien que esté pronta, salid. (*Vase Simon.*) ¡Oh! est será terrible. (*Abrese una de las puertas laterales, entran Gilberto y Simon Renard.*)

Escena III.

La Reina, Gilberto y Simon Renard.

GILBERTO.

¿Donde estoy?

REINA.

Delante de la Reina.

GILBERTO.

¡La Reina!.....

REINA.

Si, yo soy la Reina : pero no estamos para gas tar el tiempo en admiraciones. Vos os llamais Gil berto, sois un trabajador, un tallista, vivis á la ot parte del rio con una tal Juana, que es vuestra pro metida; que os engaña, y que tiene por amante un tal Fabiani, que me engaña á mì. Quereis ve garos, y yo tambien; para ello necesito disponer mi antojo de vuestra vida; necesito que digais lo q yo os mandaré decir, sea lo que quiera; necesito q

no haya para vos falso ni verdadero, malo ni bueno, justo ni injusto, nada, sino mi venganza y mi voluntad; necesito que vos me dejeis hacer, y que os dejeis gobernar, ¿Consentis en ello?

GILBERTO.

Señora.....

REINA.

La venganza la tendrás Pero te prevengo que es preciso que mueras. He aquí todo: ahora dì las condiciones; si tienes una madre ancìana que sea necesario colmar su mesa con barras de oro, habla, yo lo haré. Véndeme tu vida tan cara como quieras.

GILBERTO.

Señora..yo no estoy ya decidido á morír.

REINA.

¡Como!

GILBERTO.

Perdone V. M. He reflecsionado toda la noche: nada se me ha probado aun en este asunto. Yo he visto un hombre que se alababa de ser el amante de Juana; ¿quién me dice que no ha mentido? he visto una llave; ¿quién me dice que no pueda ser robada? he visto una carta; ¿quién me dice que no se ha hecho cscribir por fuerza? Por otra parte yo no estoy cierto si aquella era su letra: era de noche estaba tan turbado....yo no veia ya: no puedo dar así mi vida; no estoy seguro de nada; no he visto à Juana.

REINA.

Bien se conoce que amas de veras. Tú eres como yo, resistes todas las pruebas. Y si tu vieses à esa Juana, si la oyeses confesar el criman, ¿hariais lo que yo quiero?

GILBERTO.

Si; pero con una condicion.

REINA.

Luego me la dirás. *(A Simon.)* Al momento que venga aquí esa mujer. *(Vase Simon.)* Ocùltate ahí tù, *(A Gilberto que lo hace detràs de un tapiz.)* *(Juana entra pàlida y temblando.)*

Escena IV.

La Reina, Juana y Gilberto detràs del tapiz.

REINA.

Acércate, jóven, ¿sabes quienes somos.

JUANA.

Si señora.

REINA.

¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

JUANA.

Si señora.

REINA.

¿Te habia engañado? ¿te habia hecho creer que era un hidalgo llamado Amyas Pawlett?

JUANA.

Si señora.

REINA.

¿Sabes ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil?

JUANA.

Si señora.

REINA.

Esta noche cuando fueron á prenderte á tu casa, ¿le habias dado alguna cita? ¿le esperabas?

JUANA.

Dios mio, Señora.....

REINA.

Responde.

JUANA.

(Con voz débil.) Si.....

REINA.

¿Y sabes que no hay esperanza para èl ni para tí?

JUANA.

La muerte es lo ùnico que me resta.

REINA.

Cuéntame toda la aventura. ¿Dònde viste por primera vez á ese hombre?

JUANA.

La primera vez que le ví, fué....¡pero á que viene todo esto? Una desdichada mujer, pobre y orgullosa, loca, coqueta, sin pensar mas que en adornos en lucir; que se deja deslumbrar por la bella figura de un gran señor. He aqui todo. Yo estoy seducida, deshonrada, estoy perdida....nada mas tengo que añadir. ¡Dios mio! ¿no veis que cada palabra que digo me atraviesa el corazon, señora?

REINA.

Está bien.

JUANA.

¡Oh! vuestra cólera es terrible, lo sé; inclino mi cabeza desde ahora al castigo que le prepareis.

REINA.

¡Yo! ¿un castigo para tí! ¿Me ocupo yo de tu caso, incensata? No, Fabiani es mi objeto: en cuanto á ti, mujer, otro que yo se encargará de castigarte.

JUANA.

Pues bien, señora, cualquiera que sea á quien encargueis mi castigo, cualquiera que sea este, yo lo sufriré sin quejarme, daré aun gracias si teneis la bondad de concederme lo que boy á pediros. Ecsiste un hombre que me recogió huerfana desde la cuna, que me adoptó, me ha criado, me ha alimentado, que me ha amado y me ama todavia; un hombre de quien yo soy bien indigna, para quien he sido muy criminal, y cuya imágen es por lo tanto en el fondo de mi alma, augusta, querida, sagrada como la de Dios; un hombre, que sin duda en el instante que os hablo, halla su casa desierta, abandonada, devastada; no comprende cosa alguna, y se arranca los cabellos de desesperacion. Pues bien, lo que pido á V. M es que él no llegue á entender nunca nada de cuanto ha sucedido; esto es, que desaparezca yo, sin que él sepa jamas lo que ha sido de mi, ni lo que yo he hecho ni lo que vos hagais de mi. ¡Dios mio! yo no sé si me hago entender bien; pero debeis haber conocido que tengo un amigo, un noble y generoso amigo,... ¡pobre Gilberto! si, un amigo que me estima, que me cree pura, y que yo no quiero que me aborrezca que me desprecie..¿me entendeis? ¿no es verdad señora? La estimacion de este hombre es para mi mas que la vida; y luego esto le causaria un pesar horrible. ¡Cuanto le sorprenderia! al pronto no podria creerlo; no, no lo creeria, ¡Dios mio! ¡Pobre Gilberto! ¡Ah señora, tened piedad de él y de mi! ¿El no os ha ofendido en nada! ¡Que no sepa nunca nada de esto, en el nombre del cielo! ¡En el nombre del cielo que no sepa que soy culpable; se mataria. Que no

pa que he muerto porque entonces moriria de dolor.

REINA.

El hombre de que hablais està alli; os escucha, juzga, y vá á castigaros. *(Sale Gilberto.)*

JUANA.

¡Cielos! Gilberto!....

GILBERTO

Mi vida es vuestra señora.

REINA.

Bien; ¿teneis algunas condiciones que propo-rme?

GILBERTO

Si señora.

REINA.

¿Cuales son? os damos nuestra palabra Real de scribir à ellas desde luego.

GILBERTO.

Esta sola, señora. Es bien sencilla. Es una uda de reconocimiento que trato de desquitar, res-to de un señor de vuestra córte que me ha hecho bajar mucho en mi oficio de tallista.

REINA.

Hablad.

GILBERTO.

Este jóven caballero está enlazado secretamente n una mujer que no puede ser esposa suya, por e ella es de una familia proscripta. Esta mujer, e hasta el presente ha vivido ignorada, es la hija ca y heredera del último lord Talbot, decapitado Henrique VIII.

REINA.

¡Como! ¿estàs cierto de lo que dices? Juan Talbot, el bueno y catòlico lord, el leal defensor de mi madre de Aragon ¿ha dejado una hija? Por mi corona si eso es cierto, esa hija lo es mia; y lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILBERTO.

¿Entonces serà sin duda un placer para V. M. devolver á la hija los bienes de su padre?

REINA.

Si, ciertamente; y el quitárselos á Fabiano: ¿pero existen las pruebas de que esa heredera vive aun?

GILBERTO.

Ecsisten señora.

REINA.

Aunque asi no fuese, sino tenemos pruebas las haremos; para algo somos Reina.

GILBERTO.

¿V. M. devolverá á la hija de lord Talbot los bienes, los titulos, el rango, los honores, y el nombre que la corresponden? ¿La relevará V. M. de toda proscripcion, y le garantizará la vida? ¿La casará V. M. con ese jòven caballero, que es el solo que puede ser esposo suyo? Con estas condiciones, señora, podeis disponer á vuestro agrado de mi libertad de mi vida, de mi voluntad.

REINA.

Bien, haré todo eso.

GILBERTO.

¿Cumplirá V. M. lo que acabo de decir? ¿La Reina de Inglaterra me lo jura á mi, al tallista Gil

erto, y lo jura sobre su corona que està ahi, y so-
re el evangelio que está abierto allí?

REINA.

Sobre mi corona y sobre el evangelio te lo juro.

GILBERTO.

Está concluido el pacto, señora: haced preparar
na tumba para mi, y un lecho nupcial para los es-
osos. El señor de quien os he hablado es Fabiani,
nde de Clambrasil. La heredera de Talbot vedla
quí.

JUANA.

¿Que es lo que dices?

REINA.

¿Estais loco? ¿qué significa esto? ¡Maese!....re-
irad que es demasiado atrevimiento querer burlar-
de la Reina de Inglaterra; que los réjios salones
n sitios donde es menester tener cuenta con lo que
dice' y que hay ocasiones en que la boca hace der-
bar la cabeza.

GILBERTO.

La mia es vuestra, señora; pero yo tengo tam-
en vuestro juramento.

REINA.

No puede ser que hableis de veras..! ¡Fabiano!
sa Juana....vamos imposible.

GILBERTO.

Esta Juana es la heredera de lord Talbot.

REINA.

¡Bah! no puede ser; es una quimera, una locu-
; ¿donde teneis las pruebas?

GILBERTO.

Aqui están (*Saca un paquete.*) ¿quereis leer estos papeles?

REINA.

¿Tengo yo ahora tiempo para eso? ¿os los he pedido yo? ¿que me importan á mi esos papeles? (*Gilberto los deja sobre la mesa.*) Por mi vida si ellos prueban algo, los arrojaré al fuego y no quedarà de ellos nada.

GILBERTO.

¿Y vuestro juramento, señora?

REINA.

¡Mi juramento!....

GILBERTO.

¡Sobre la corona y sobre el evangelio! es decir sobre vuestra vida y vuestra alma; vuestra vida en este mundo y en el otro.

REINA.

Pero ¿que es lo que quieres? tú estás loco sin duda.

GILBERTO.

¿Qué quiero decis? Juana ha perdido su rango, ha perdido su honor, restituìrselo. Proclamad la hija de lord Talbot, esposa de lord Clambrasil, y luego tomad mi vìda.

REINA.

¡Tu vida! pero ¿qué quieres que haga yo a hombre de ella? Yo no la queria sino para vengarme de un hombre, de ese Fabiano! Tú no me comprendes, yo á ti. ¡Hablas de venganza! ¿Es asì como te vengas? ¡Qué estúpidas son estas gentes villanas! Y luego, ¿creo yo acaso esa historia de tu heredera de lo

Talbot? ¡Los papeles! ¡me enseñas los papeles! yo no quiero verlos: ¡ah! ¡te engaña una mujer, te hace traicion, y quieres ser generoso á tu modo! yo no quiero ser así. El odio, la rabia despedazan mi corazon. Yo quiero vengarme, y tu me ayudarás, si ... pero este hombre es un loco, es loco, es un insensato! ¡Dios mio! ¿porqué tengo necesidad de él? ¡ah! es insufrible tener que tratar con semejantes gentes un asunto de importancia.

GILBERTO.

Tengo vuestra palabra de Reina. Juana ha sido seducida por lord Clambrasil, y se casará con ella.

REINA.

¿Y si él lo rehusa?

GILBERTO.

Vos lo obligareis, señora.

REINA.

¡Oh; no, Gilberto, ten piedad de mi.

GILBERTO.

Pues bien; si ese infame lo rehusa, V. M. hará de él y de mi lo que la agrade.

REINA.

¡Ah! bien.

GILBERTO.

Si llega este caso, con tal que la corona de condesa de Waterfoad sea solemnemente repuesta por la Reina de Inglaterra en la cabeza sagrada é inviolable de Juana Talbot, que veis aqui, yo haré todo lo que la Reina mandáre.

REINA.

¿Todo? ¿dirás tú lo que será menester que di-

gas? Morirás del modo que fuere preciso que mueras?

GILBERTO.

Como querais.

JUANA.

¡O Dios!

REINA.

¿Lo juras?

GILBERTO.

Lo juro.

REINA.

De este modo todo puede componerse. Yo tengo tu palabra, tu la mia. Está dicho. *(Reflecsionando.)* Vos sois aqui de mas. *(A Juana.)* Ya se os llamará.

JUANA.

¡Gilberto! ¿qué habeis hecho? Yo soy una mujer despreciable; no me atrevo á levantar ante vos los ojos. ¡Ah! sois mas que un ángel, porque teneis todas las virtudes de un ángel y las pasiones de un hombre. *(Vase.)*

Escena V.

La Reina, Gilberto, luego Simon Renar, Lord Chandos, y guardias.

REINA.

¿Tienes ahí alguna arma, algun cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

GILBERTO.

(Sacando de su pecho el puñal de Fabiani.) ¿Un puñal,... Si señora.

REINA.

Bien; tenle en la mano. (*Le coje fuertemente el razo.*) Señor bailío d'Amon! ¡lord Chandos! (*Enran precipitadamente, y guardias.*) Asegurad á ese ombre; ha levantado su puñal sobre mí; he podido etenerle el brazo en el momento en que iba á herme. Es un asesino.

GILBERTO.

¡Señora!....

REINA.

(*Aparte.*) ¿Olvidas ya nuestro convenio? ¿es así mo te dejas gobernar? (*Alto.*) Vos sois testigos, eñores, que aun tenia el puñal en la mano. Señor ailío ¿quien es el verdugo de la torre de Londres?

SIMON.

Un irlandes llamado Mac Dermotti.

REINA.

Que venga; tengo que hablarle.

SIMON.

¡Vos misma!.... ¡La Reina hablar al verdugo!

REINA.

Si, yo misma; la Reina hablará al verdugo, la beza á la mano; obedeced. (*Sale un guardia.*) Mird Chandos y vos, señores, me respondereis de ese mbre. Custodiadle ahí entre filas, detras de vosos. Van á suceder aqui cosas que es preciso que él a. Señor bailio d'Amont, ¿está lord Clambrasil en llacio?

SIMON.

Ahí en la camara pintada está aguardando que M. tenga el placer de verle.

REINA.

¿Nada sospecha?

SIMON.

Nada.

REINA.

Que entre.

SIMON.

Toda la corte está allí tambien: ¿no entrará nadie antes que él?

REINA.

¿Quiénes son de nuestros cortesanos los que le aborrecen mas?

SIMON.

Todos, señora.

REINA.

¿Los que le odian mas!

SIMON.

Clinton, Montagú, Sommerset, el conde de Derby, Gerard Fitz Gerard, lord Paget, y el lord canciller.

REINA.

Pues que entren todos esos, escepto el canciller andad. (*A Chandos.*) El lord canciller. (*A Simon.*) aunque es un digno prelado y no aborrece á Fabiani menos que los demas, es algo escrupuloso. (*Reparando en los papeles que dejó Gilberto sobre la mesa.*) ¡Ah! es preciso antes dar una ojeada á estos papeles. (*Mientras los ecsamina se abre la puerta de fondo y van entrando los señores designados por la Reina,*

Escena VI.

Los mismos, lord Clinton y demas señores.

REINA.

Buenos dias. señores Milores, Dios os tenga en

santa guarda. (*A Montagú.*) Anthonny Brown, olvido nunca que vos hicisteis frente á Juan de otmorency y al señor de Toulouse en mis compli-das y difíciles negociaciones con el Emperador mi . Lord Paget, hoy recibireis los títulos de Baron Paget de Beaudesert en Sttaford....¡Como! estais uì lord Clinton, mi antiguo amigo! Nos somos mpre vuestra buena amiga, milord. ¿Y como no lo, cuando vos fuisteis el que en la llanura de int James esterminasteis al rebelde Tomas Wyat? e todo nos acordamos, Sres.; aquel dia la corona Inglaterra se salvó por un puente que permitió á s tropas llegar hasta los rebeldes, y por un muro e impidiò á los rebeldes llegar hasta mi. El puen-es el de Lóndres: el muro lord Clinton.

CLINTON.

(*Aparte à Simon.*) Seis meses ha que la Reina me habia hablado! ¡que amable està hoy!

SIMON.

Despacio, milord; aun la vereis mas de aqui á co.

REINA.

Milord Clambrasil puede entrar. (*A Chandos.*) spues de algunos momentos que esté aquí....[*Se-ando la puerta por donde entró Juana, à Simon nard.*

SIMON.

Entiendo señora, [*Entra Fabiani.*]

Escena VII.

Los mismos y Fabiani.

REINA.

¡Ah! ya está aqui. [*Se pone à hablar en vos baja con Simun Renard.*]

FABIANI,

[*Aparte, saludado por todos y mirando al rededor.*] ¿Qué quiere decir esto? esta mañana no hay aqui mas que enemigos mios. La Reina habla en voz baja á Simon Renard: ¡qué diablo! ¡se rie! ¡mala señal!

REINA.

[*Jocosamente à Fabiani.*] Dios os guarde milord.

FABIANI.

[*Tomàndo su mano, y besandola.*] ¡Señora!.... [*Aparte.*]se ha sonreido; no hay ningun riesgo.

REINA.

Tengo que hablaros. [*Siempre jovial. Le trae à la escena.*]

FABIANI.

Y yo tambien, señora, tengo que haceros reconvenciones. ¡Alejarme, desterrarme por tanto tiempo de vuestra presencia! ¡ah! ¡no seria asi si durante estas horas de ausencia pensaseis en mi como yo en vos!

REINA.

Sois injusto; milord; desde que me dejasteis, no he pensado sino en vos.

FABIANI.

¿De veras? ¿Tendria tanta dicha? ¡ah! repetidmelo otra vez.

REINA.

Os lo juro. [*Con sonrísa irónica.*]

FABIANI

¿Con que me amais tanto como yo á vos!

REINA.

Si, milord: os aseguro que no he pensado mas ue en vos: lo creereis al ver la agradable sorpresa ue he querido proporcionaros.

FABIANI.

¡Como! ¿que sorpresa?

REINA.

Un encuentro que os causará placer.

FABIANI.

¿De quién?

REINA.

Adivinadlo. ¿No lo acertais? volved la cabeza.

FABIANI.

[*Se vuelve, y se ve à Juana en el umbral de la ierta.*] ¡Juana! [*Con sorpresa.*]

JUANA.

¡Es él!....¡Dios mio! [*Aparte.*]

REINA.

Milord, ¿conoceis á esa jòven?

FABIANI.

No señora.

REINA.

Y tú muchacha, ¿conoces à milord?

JUANA.

La verdad antes que la vida. Si Sra.

REINA.

Con que milord, ¿no conoceis á esa mujer?

FABIANI.

Señora....quieren perderme, estoy rodeado de

enemigos; esa mujer está coligada con ellos. Yo no la conozco, señora, no se quien es.

REINA.

(Levantàndose, y dàndole en la cara con su guante.) ¡Ah! ¡eres un malvado! !Haces traicion á la una y reniegas de la otra! ¡ah! ¿no sabes quien es? ¿quiéres que yo te lo diga? ¿yo? Bien. Esa mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el bueno y católico hidalgo, muerto en el cadalso por mi madre. Es mi prima Juana Talbot condesa de Sherwsbury, condesa de Waterford, condesa de Wexford, paresa de Inglaterra. He aquí quien es esa muger...Lord Paget, sois comisario del sello privado; tened cuenta de nuestras palabras. La Reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta jóven por Juana, hija y única heredera del conde de Waterford. *(Mostrando los papeles.)* He aquí los titulos y las pruebas que hareis autorizar con nuestro gran sello. Asi es nuestra voluntad. *(A Fabiani.)* Si condesa de Waterford; tú le devolverás sus bienes, ¡miserable! ¡ah! ¿no conoces à esta muger? ¿no sabes quién es? pues bien, yo te lo diré, yo. Es Juana Talbot....¿quieres aun que te diga mas? *(Envos baja, con furor reconcentrado.)* ¡infame!... es tu querida.

FABIANI.

Señora....

REINA.

Sí, eso es ella: ahora he aquí lo que tu eres. Tu eres un hombre sin alma, sin corazon, sin talento, eres un embustero, miserable, eres.... Por Dios, señores, no teneis necesidad de ápartaros. Me es indiferente que oigais lo que voy á decir á este hombre

me parece que no bajo la voz. Fabiani eres un
ombre ruin y despreciable, un traidor para con
igo, un infame para con ella, un embustero, un im-
ostor el mas vil, el último de los hombres. Si, esto
s asi verdad; yo te he hecho conde de Clanbrasil,
aron de Dinasmoddy, ¿que mas? baron de Darmouth
n Devonshire. ¡Ah yo estaba loca, señores, y os pi-
o perdon de haberos puesto en el caso de rozaros
on este hombre. Tù caballero, tú hidalgo, tú noble!
Bah! Comparate un momento con esos que tienes
ui, infame: mira, ahi tienes caballeros en derredor
yo. Ve ahí, á Bridges, baron de Chandos, á Sey-
our, duque de Sommerset: ve ahi los Stanley que
ue son condes de Derby desde el año de 1485: los
linton, barones de Clinton desde 1298: ¿te imajinas
arecerte á ellos? Dices que estas enlazado con la
milia española de Peñalver, pero es mentira; tù no
es mas que un miserable italiano... nada, menos
ue nada... hijo de un mediero de la aldea de Lari-
o... Si, señores hijo de un mediero: yo lo sabia, y
lo decia, y lo ocultaba y aparentaba creer á este
mbre cuando hablaba de su nobleza, porque ved
ui lo que somos las mujeres ¡Oh! ¡Dios mio! yo
uisiera que todas estuviesen aqui, que me oyeran,
esta seria una leccion para ellas. ¡Este miserable,
ste malvado! engaña á la una, y desconoce à la otra
fame! Si, eres un infame... ¡como! ¡desde que es-
y hablando no se ha incado todavia de rodillas! De
dillas Fabiani: milores, haced por fuerza que se
nga de rodillas.

FABIANI.

Vuestra Magestad...

REINA.

Silencio: este hombre vil y despreciable que yo he colmado de beneficios; este lacayo napolitano que yo he hecho gran caballero y conde libre de Inglaterra, ¡ah! ya debia yo esperar lo que me sucede; bien me lo habian dicho, pero yo soy siempre asi, me obstino, y luego veo que he hecho mal. Esta es mi falta, señores. ¡Italiano! quiere decir embustero. ¡Napolitano! quiere decir malvado: siempre que mi padre se fiò de un italiano, tuvo que arrepentirse. ¿Ves tú lady Juana, á qué hombre te habias entregado? ¡pobre criatura! Pero yo te vengaré. ¡Ah! ya debia yo saber hace tiempo que del seno de un italiano no podia sacarse mas que un puñal, y de su alma una traicion.

FABIANI.

Señora yo os juro....

REINA.

¡Ahora va á ser perjuro! será vil hasta lo ùltimo nos harà sonrojar del todo delante de estos hombres porque hemos tenido la debilidad de amarle. No levantará la cabeza tan solo.

FABIANI.

Si señora, la levantaré. Sé que estoy perdido lo veo; està decidida mi muerte; vos emplearéis todos los medios, el puñal el veneno....

REINA.

(Cogiéndole las manos, y atrayendole con vivez à la escena.) ¿El puñal? ¿el veneno? ¿que estás diciendo italiano? ¿La venganza traidora, baja, cobarde en tu pais? No signor Fabiani: ni puñal, ni veneno. ¿Tengo yo que esconderme, que buscar por la noche

esquina de una calle, y hacerme pequeña cuando
ue vengo? no; ¡por Dios! yo quiero la luz, la claridad
el dia; ¿lo entiendes milord? El mediodia, el sol
rillante, la plaza pública, la hacha y el tajo: la mul-
tud en la calle, en las ventanas, en los tejados, ¡cien
il testigos! quiero que imponga miedo tu castigo;
ue todos lo encuentren grande, espantoso ó magni-
co; y que se diga, es una mujer la ultrajada, pero
s una Reina la que se venga. Este favorito tan en-
idiado; este bello jòven insolente que yo he cubier-
o de terciopelo y de raso, quiero verlo encorvado,
espavorido, temblando, de rodillas, con los pies des-
udos, las manos atadas, silbado por el pueblo, ma-
iatado por el verdugo. En ese cuello blanco donde
o habia colgado un collar de oro, quiero poner una
uerda. He vísto el efecto que hacia ese Fabiani so-
re el trono, quiero ver ahora el que háce sobre el
adalso.

FABIANI.

Señora...

REINA.

Silencio ¡ah! silencio. Si, estas perdido, no
ay duda; subirás al cadalso como Suffolk y Nor-
humberland. Es una fiesta como otra cualquiera que
o daré á mi buena ciudad de Londres. Ya sabes
uanto te aborrecen. ¡Por Dios, que es cosa hermosa
uando tiene una necesidad de vengarse, ser Maria,
Reina de Inglaterra hija de Henrique VIII, y dueña
le los cuatro mares! Y cuando tú, Fabiani, estés so-
re el cadalso, puedes, segun te acomode, hacer una
renga al pueblo como Nothumberland, ò una larga
úplica à Dios como Suffolk, para dar tiempo á que

venga el perdon; el cielo me es testigo de que eres un traidor, y que el perdon no llegará. ¡Ese miserable embustero que esta mañana aun me hablaba de amor y me tuteaba! Pardiez, señores, creo que os admira oirme hablar asi delante de vosotros; pero os lo repito, nada me importa, en este momento no soy Reina, tan solo soy una mujer y tengo celos. (*A Sommerset.*) Milord duque, como condestable que sois de la torre, pedid la espada á ese hombre.

FABIANI

Ahí la teneis, pero protesto; y aun admitiendo que se pruebe que yo he seducido ó engañado à una mujer....

REINA.

¡Eh! ¿que me importa á mí que hayas seducido ò engañado á una mujer? ¿me ocupo yo ahora de eso? Estos señore me son testigos de que me es indiferente.

FABIANI.

Seducir á una mujer no es un crìmen capital, señora. Vuestra Magestad no pudo hacer condenar à Trogmorton por una acusacion semejante.

REINA.

¡Y aun creo que se atreve á desafiarnos! El gusano se ha convertido en serpiente. ¿Quién te dice que es de eso de lo que yo te acuso?

FABIANI.

¿Entonces de qué? Yo no soy ingles; no soy sûbdito de V. M. Lo soy del Rey de Nápoles, y vasallo del Santo Padre. Yo requeriré á su legado el Emmo. Cardenal Polus, y me reclamará: yo me defenderé, señora; soy estrangero, y no se me puede

rmar causa sin haber cometido un crímen, un ver-dero crimen. ¿Cual es el mio?

REINA.

¿Y lo preguntas tú?

FABIANI

Si Señora.

REINA.

Ya ois todos la pregunta que se me hace, voy á ntestar. Atended, y tened cuenta con vosotros to-s, porque vais á ver que no tengo mas que herir n el pie en tierra, para que luego brote un cadalso. nandos, Chandos, abrid esa puerta grande que en-e toda la corte, todo el mundo, que entren todos. *Se abre y entran.)*

Escena VIII.

Los mismos, lord Canciller y toda la córte.

REINA.

Entrad, milores, entrad. Tengo por cierto mu-o gusto en veros hoy á todos. Bien, bien: los mi-stros de justicia por aqui, mas cerca ¿donde están s sarjentos de armas de la camara de los lores? ¡ah! stán ahí? bien venidos señores: sacad las espadas, colocaos á derecha é izquierda de ese hombre: su stodia os está confiada.

FABIANI.

Señora ¿cual es mi crimen?

REINA.

Milor Gardiner, mi sabio amigo, vos que sois nciller de Inglaterra, os hacemos saber que debeis

reunir de oficio á los doce lores comisarios de la cà
mara estrellada, que sentimos no ver aqui. Pasa
cosas estrañas en este palacio. Escuchad, milores
madama Isabel ha suscitado ya mas de un enemig
á nuestra corona: digalo el complot de Pietro Car
que produjo el movimiento del Exeter, y que te
nia correspondencia secreta con madama Isabe
por medio de una cifra gravada en una guitarra
dígalo tambien la traicion de Tomas Wyat que su
blevó el condado de Kent; la rebelion del duque d
Suffolk, que fué preso en el hueco de un arbol des
pues de la derrota de los suyos. Pues bien, escucha
otro nuevo atentado. Escuchad todos. Hoy mismo
esta mañana, se ha presentado á mi audiencia u
hombre: despues de algunas palabras: ha levantad
un puñal sobre mi; he podido detener su brazo
tiempo: y lord Chandos y el Sr. bailío d'Amont ha
preso á ese hombre, que ha declarado haber sid
impelido à este crimen por el lord Clambrasil.

FABIANI.

¡Por mi! eso es falso. ¡Ah! esto es horroroso, e
una impostura: ese hombre no esciste, no se le podri
hallar; ¿quien es? donde esta?

REINA.

Aqui.

GILBERTO

(*Saliendo de entre los soldados.*) Yo soy.

REINA.

En consecuencia de las declaraciones de est
hombre, Nos María Reina de Inglaterra, acusamo
ante la cámara estrellada á este hombre, á ese Fa
biano Fabiani, conde de Clambrasil, de crimen d

lta traicion, y de atentado de rejicidio contra nuestra ersona real y sagrada.

FABIANI.

¡Yo rejicida! eso es monstruoso: ¡se estrabia mi abeza, mi vista se turba! ¿que lazo es este? Cualquie-a que tu seas, miserable. ¿te atreves á afirmar que o que la Reina ha dicho es verdad?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

¿Yo te he impelido al rejecidio? ¿yo?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

Sì, siempre sì, ¡Maldicion! Vos no podeis figu-aros, señores, hasta que punto es falso lo que dice. Este hombre ha salido del infierno! ¡infeliz! tu quie-es perderme; pero ignoras que te pierdes al mismo iempo? El crimen de que me acusas recae sobre ti gualmente; tù podras hacer que yo muera, pero te rastraré conmigo al cadalso: con una palabra sola nsensato, haces caer dos cabezas, la tuya y la mia. No lo sabes, infeliz?

GILBERTO.

Ya lo sè.

FABIANI

Milores, este hombre es pagado....

GILBERTO.

Pagado por vos: he aqui la bolsa llena de oro ue me disteis por el crimen: vuestra cifra y vues-ras armas estàn gravadas en ella.

FABIANI.

¡Justicia de Dios!....pero el puñal con que s
dice que este hombre queria asesinar á la Reina
¿donde está? ¿adonde está el puñal?

CHANDOS.

Vedle aqui.

GILBERTO.

(*A Fabiani.*) Es el vuestro. Vos me le habei
dado para el efecto: la vaina vos la teneis.

CANCILLER.

Conde de Clambrasil, ¿que teneis que respon
der? reconoceis á este hombre?

FABIANI.

No.

GILBERTO.

No es estraño; no me vió sino por la noche. De
jadme decirle dos palabras al oido, señora, para ayu
dar su memoria. (*Se acerca à él.*) ¿Hoy no recon
ces á nadie, milord? Ni al hombre ultrajado ni à l
muger seducida. ¡Ah! la Reina se venga, pero
hombre del pueblo tambien. Tú me has desafiad
segun creo: aqui estas ahora entre dos venganza
¿que dices milord? Yo soy Gilberto el tallista.

FABIANI,

Sí, os reconozco....Yo reconozco á este hombr
señores; y desde el momento que tengo que hace
con este hombre no tengo nada que decir.

REINA.

El confiesa, ya lo ois.

CANCILLER.

(*A Gilberto.*) Segun la ley normanda y el e

atuto vijésimo quinto de Henrique VIII en el crimen
e lesa magestad contra el primer gefe del estado, la
onfesion no salva al cómplice. No olvideis que este
s un caso en que la Reina no tiene derecho á per-
lonar, y que morireis en un cadalso con el que os
cusa. Reflecsionad. ¿Confirmais todo cuanto habeis
licho?.

GILBERTO.

Yo se morir, y lo confirmo.

JUANA.

(*Aparte.*) ¡Dios mio! Si esto es un sueño, es
ien horroroso.

CANCILLER

¿Consentis en reiterar vuestras declaraciones so-
re el evangelio? (*Se lo presenta poniendo sobre él
la mano.*)

GILBERTO.

Juro con la mano puesta sobre el evangelio, y
róximo á morir, que este hombre es un asesino; que
ste puñal es suyo, y que ha servído para el crimen;
ue esta bolsa es la suya, y que por el crimen me fué
lada. Dios me asista, que asi es la verdad.

CANCILLER.

Milord, ¿que teneis que decir? (*A Fabiani.*)

FABIANI.

Nada. ¡Estoy perdido!

SIMON.

(*Bajo à la Reina.*) ¡V. M. ha mandado venir
l verdugo! allí esta.

REINA.

Bien; que entre. (*Los nobles se separan para
dar paso àl verdugo, que se presenta vestido de encar-*

nado y negro, con una ancha y larga espada à su espalda.

Escena IX.

Los mismos y el verdugo.

REINA.

Milord, duque de Sommerset, estos dos hombres á la torre,. Milord Gardiner, nuestro canciller que su proceso comience desde mañana ante los doce pares de la cámara estrellada, y que Dios ayude à la antigua Inglatera. Esperamos que esos hombres serán juzgados antes de que marchemos à Exford donde abriremos el parlamento, y á Windsor donde pasaremos las pascuas. *(Al verdugo.)* Acércate; me alegro de verte. Eres un buen servidor; estás viejo, y has visto ya tres reinados. Es costumbre de los soberanos de estos reinos hacerte una gracia, darte un regalo el mas magnifico posible á su advenimiento al trono. Mi padre Henrique VIII te dió el broche de diamantes de su capa. Mi hermano Eduardo VI una taza de oro cincelada: ahora me toca á mí; yo no te he dado aun nada, y es preciso hacerte un regalo. Acércate. *(Señalandole à Fabiani.)* ¿Ves bien esa cabeza? esa bella y encantadora cabeza, que esta mañana todavia era lo que yo tenia de mas hermoso, lo de mas querido de mas precioso en el mundo? Pues bien... esa cabeza.-...¿la ves bien?...di:...Yo te la regalo.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

PRIMERA PARTE,

¿Cual de los dos?

JORNADA TERCERA.

PERSONAGES.

La Reina.

Gilberto.

Juana.

Simon Renard.

Josué Farnaby.

Maese Eneas Dulverton.

Lord Clinton.

Un carcelero.

JORNADA TERCERA.

PRIMERA PARTE.

Sala interior de la torre de Londres. Bóbeda gó-ca sostenida por gruesos pilares: à derecha é izquier-a dos puertas pequeñas de dos calabozos. A la dere-ha una claraboya que figura dar al Tàmesis; otra à i izquierda que figura dar à la calle: à cada lado una uerta secreta y encubierta en el muro: una galeria en l fondo con una especie de mirador ó balcon grande on vidrieras, y que dà à los patios de la torre.

Escena I.

Gilberto y Josué Farnaby.

GILBERTO.

¿Con que no hay ninguna esperanza, Josué?

JOSUE.

¡Ay! ninguna. *(Gilberto va à la ventana.)* !Oh! o verás nada desde ahì.

GILBERTO

¿Pero te has informado bien?

JOSUE.

¡Oh! estoy muy cierto.

GILBERTO.

¿Y es por Fabiani?

JOSUE.

Por Fabiani

GILBERTO.

¡Qué feliz es ese hombre! ¡Maldicion!

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ya llegará tu vez: hoy por él mañana por tí.

GILBERTO.

¿Qué quieres decirme? no nos entendemos: ¿de que me hablais?

JOSUE.

Del cadalso que están levantando en este momento.

GILBERTO.

Yo te hablo de Juana.

JOSUE.

¡De Juana!

GILBERTO.

Si, de ella solamente: ¿que me importa todo lo demas? ¿no te acuerdas ya que hace un mes que pegado à la rejilla de mi calabozo, desde donde se descubre un poco la calle, la veo rondar pálida, cubierta de luto, al rededor de esta torre que encierra á Fabiano y á mí? ¿No recuerdas mi angustia, mis dudas, mi incertidumbre? ¿por cual de los dos viene noche y dia me hago sin cesar esta pregunta. Ayer por la tarde me prometiste hablarla, Josué, y averguarlo: ¡oh! dime, ¿que has sabido? ¿viene por él por mì?

JOSUE.

Solo he sabido que Fabiano debia ser decapitado hoy sin falta, y tu mañana: te confieso, Gilberto, qne esta noticia me ha buelto el juicio; el cadalso ha borrado de mi mente á Juana, y tu muerte...

GILBERTO.

¡Mi muerte! ¿qué entiendes tú por esa palabra? ni muerte es que Juana no me ama ya, y desde el ia que no soy amado he cesado de vivir; he muerto erdaderamente, Josué: lo que desde ese dia que- a aun vivo en mi, no merece la pena que mañana e tomarán: ¡oh! tú no tienes una idea, lo veo, de lo ue es un hombre que ama. Si hace dos meses me- ubieran dicho: Juana, vuestra Juana pura y sin ancha, vuestro amor, vuestro orgullo, vuestro teso- o, Juana se entregará á otro, ¿la querreis despues un? Yo le hubiera dicho: no, no la querré, antes il veces la muerte para ella y para mí; y hubiera irado con desprecio al que asi me hubiera hablado. .Pues bien, hoy ya lo ves, no es la Juana sin man- ha que yo adoraba, cnya frente osaba yo apenas to- ar con mis labios; se ha entregado á otro, á un mi- erable, lo sé; pues bien, todo me es indiferente; engo el corazon destrozado, pero la amo, y besaria la rilla de su vestido, y la pediria perdon si lo exijie- e. ¡Josué! ¡Josué! yo daria, no cien años de mi vi- a, porque no me queda mas que un dia, sino la eter- idad que será mia mañana, por verla sonreir una ez, una sola vez antes de mi muerte, y oirla decir- me como otras veces, con aquella vos tan dulce, "yo amo". Josué, he aqui como es el corazon del hom- re que ama. ¿Crees tú que mataria á la muger que engaña? no, no la mataria, se postraria á sus pies hora como antes, solamente que ahora estaria triste. Te parezco débil, Josué! ¿Que hubiera yo ganado on matar á Juana? ¡ah? si me amase aun, ¿que me im- orta todo lo que ha hecho? Pero no, ama á Fabiani,

¡si le ama! solo por él viene: ¡ah! Josué, ¡que feliz él, y yo que desgraciado!

JOSUE,

Sin embargo, hoy será ajusticiado.

GILBERTO.

Y yo mañana....Si, hoy me vengaré de él, mañana él de mi.

JOSUE.

¡Silencio! aqui viene Maese Eneas Dulverton el condestable de la torre, y es preciso encerrarte de nuevo: esta tarde nos veremos.

GILBERTO.

¡Oh! ¡morir sin ser amado! ¡morir sin ser llorado! ¡Juana! ¡Juana!...[*Entra en el calabozo.*]

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ¡Quien hubiera creido lo que le sucede! [*Vase*].

Escena II.

Simon Renard y Maese Eneas.

SIMON.

¡Es bien singular lo que decís! pero ya se ve, la Reina está loca, no sabe lo que quiere; con nada se puede contar: es una mujer, y el corazon de la mujer es un enigma que Francisco I escribió en las vidrieras de Chambord, diciendo:

"Solo en ser inconstante no varia
La mujer: loco del que en ella fia."

Escuchad Maese Eneas; nosotros somos amigos antiguos. Es preciso que esto acabe hoy. Aqui todo depende de vos. Si os encargan.... *(Le habla al oido*

dilatadlo todo, y haced de modo que salga fallido su plan: que tenga yo solas dos horas de delantera, y esta tarde se hará lo que yo quiero; mañana no ecsistirá el favorito, y con mi proteccion, vos sereis baronet y teniente de la torre. ¿Habeis comprendido?

ENEAS.

Entiendo.

SIMON.

Bien. Oigo pasos; no conviene que nos vean juntos: salid por alli, interin yo por aqui voy á recibir á la Reina.

Escena III.

Un carcelero que entra con precaucion, y luego introduce en la sala á Lady Juana.

CARCELERO.

Estais donde deseais, miladi; esas son las puertas de los dos calabozos; ahora mi recompensa si gustais. (*Juana desata su brazalete de diamantes, y se lo da.*)

JUANA.

Tómala.

CARCELERO.

Gracias miladi; no me comprometais (*Sale.*)

JUANA SOLA.

¡Dios mio! ¿como hacer? Yo soy quien le ha perdido, y yo quien debo salvarle: pero cómo, yo no podré, una mujer nunca puede nada. ¡El cadalso! ¡el cadalso! ¡ah! ¡es horroroso! vamos, vamos, nada de lágrimas, obras, obras. Pero yo no podré, no podré. ¡Dios mio! ¡tened piedad de mi! Creo que viene

jente. ¿Qnien habla por allí? Yo reconozco esta voz... es la voz de la reina: ¡ah! todo se ha perdido. *(Se oculta detras de un pilar.)*

Escena IV.

La Reina, Simon Renard, y Juana (oculta.)

REINA.

¡Ah! ¡os admira mi mudanza! ¡no me parezco á mi misma! y bien, ¿que me importa? tanto vale: ahora no quiero que muera.

SIMON.

V. M. sin embargo decretò ayer que la ejecucion tendrá hoy lugar.

REINA.

Como decreté antes de ayer, que ayer; como decretè el domingo que la ejecucion seria el lunes, y como hoy he decretado que serà mañana.

SIMON.

Efectivamente desde el segundo domingo de Advíento, en que la cámara estrellada pronunciò la sentencia de muerte. y en que los sentenciados fueron conducidos á la torre, precedidos del verdugo, y con la cuchílla delante de sus ojos, que hace ya tres semanas, V. M. retarda cada dia la ejecucion para el siguiente.

REINA.

Y bien, ¿que no comprendeis caballero lo que quiere decir este modo de obrar? ¿es preciso decíroslo todo, y que una muger descubra enteramente su corazon delante de vos porque es Reina, la infeliz, y porque vos representais aquí al principe de

España? ¡Dios mio! Vosotros los hombres no comprendeis que el corazon de una muger tiene tambien secretos que el pudor le impide revelar. Mas ya que quereis saberlo, que finjis no comprender nada, que todo se os ha de decir, tened entendido, si, que difiero todos los dias la ejecucion de Fabiani para el siguiente, porque cada dia que amanece me faltan las fuerzas á la sola idea de que la campana de la torre de Londres va á anunciar la muerte de ese hombre, porque me siento desfallecer al pensar que se afila para él una cuchilla, porque me siento morir al imaginar que se prepara un ataud para él, porque soy mujer en fin, porque soy débil, porque estoy loca y le amo. ¡Por Dios! ¿teneis bastante? ¿estais satisfecho? ¿me comprendeis ahora? ¡oh! algun dia hallaré medio de vengarme de vos por todo lo que ahora me haceis decir, ¡dejadme!

SIMON.

Sin embargo ya es tiempo de concluir con ese capricho: vais á desposaros con mi amo el principe de España, señora.

REINA.

Si el principe de España está descontento, que lo diga, no nos faltará con quien casarnos á fé. No estamos tan falta de pretendientes. El hijo del Rey de romanos, el principe de Piamonte, el infante de Portugal, el Cardenal Polus, el Rey de Dinamarca el lord Courtenay, son tan buenos caballeros como él.

SIMON.

¡Lord Courtenay! ¡lord Courtenay!

REINA.

Un baron ingles, Sr. Bailio, vale tanto como un príncipe español. Ademas lord Courtenay desciende de los emperadores de Oriente: y ahora enfadaos si quereis.

SIMON.

Fabiani se ha hecho aborrecer en Londres de todo el mundo.

REINA.

Menos de mi.

SIMON.

Los plebeyos están de acuerdo en este punto con los Sres. de la corte. Si no muere hoy como V. M. lo ha prometido....

REINA.

?Què?

SIMON.

Habrà alguna conmocion en el pueblo.

REINA.

Para eso tengo mis alabarderos.

SIMON.

Los cortesanos fraguarán alguna conspiracion.

REINA.

Para esos tengo el verdugo.

SIMON.

V. M: ha jurado sobre el devocionario de vuestra madre que no le perdonariais.

REINA.

He aqui una firma en blanco que me ha hecho entregar en que juro por mi corona imperial que asi lo haré. La corona de mi padre vale tanto como

evocionario de mi madre. Un juramento destruye l otro: ademas, ¿quien os ha dicho que yo le perdoaré?

SIMON.

Señora, os ha engañado descaradamente.

REINA.

¿Y qué? ¿todos los hombres no hacen lo mismo? o no quiero que muera; ¿entendeis, milord?.....Sr. ailio, quise decir; ¡ah! vos turbais mi razon de un odo que no se á quien hablo....basta, sé cuanto ais á decirme. ¡Que es un hombre vil, infame, desreciable! lo sé tambien como vos, y me avergüenzo; ero le amo. ¿Que quereis? acaso amaria menos á n hombre de bien. Ademas, ¿que sois vosotros que nto le deprimís? ¿valeis acaso menos que él? Me ecis que es un favorito, y que la nacion inglesa desta los favoritos; ¿y no sé yo tambien que vos no uereis destruirle sino para poner en su lugar al conde de Kildare, ese fatuo de irlandes? direis que hace rtar veinte cabezas cada dia, ¿y que os importa á vos? o me hableis del principe de España, ni del desconnto de Mr. de Noialles el embajador de Francia: es n necio, y se lo dire en su cara. Ademas yo soy una ujer sujeta á las debilidades de tal, y en quien el cozon es el que manda á la cabeza: la vida de ese mbre es necesaria á la mia. No tomeis ese aire de ndor y de buena fé, os lo suplico; conozco muy bien das vuestras intrigas. Entre nosotros, vos sabeis mbien como yo que no ha cometido el crimen rque se le condena. Está decidido, no quiero que uera: ¿soy aqui la Reina ò no? Vamos Sr. bailío, blemos de otro asunto.

SIMON.

Me retiro, señora; toda vuestra nobleza os ha hablado por mi boca.

REINA.

¿Que me importa la nobleza?

SIMON.

Veamos si el pueblo vale algo mas. (*Aparte.*) (*Sale saludando á la Reina con profundo respeto.*)

REINA.

Se ha marchado con un aire particular. Este hombre es capaz de promover una sedicion: es preciso ir sin tardanza á la casa de ayuntamiento ¡hola! (*Llamando.*)

Escena V.

Las mismas, y Maese Eneas y Josué.

REINA.

Maese Eneas, es preciso que vos y ese hombre os encargueis de hacer que el conde de Clambras pueda evadirse de la prision inmediatamente.

ENEAS.

Señora...

REINA.

Pero no, no me fio de vos; me acuerdo que sois enemigo suyo. ¡Dios mio! ¡estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! apostaria que ese llaverno que no conozco, le aborrece tambien,

JOSUE.

Es cierto, señora.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ese Simon Renard mas Rey que yo Reina! ¡que! ¡nadie de quien fiarse

adie á quien poder dar el encargo de librar á Fa-
iani.

JUANA.

(*Saliendo.*) Sì señora, á mi.

JOSUE.

¡Juana! (*Aparte.*)

REINA.

¿Tù quien eres? ¡ah! ¿sois vos lady Juana? ¿co-
halla is aqui? pero no importa el cómo; estais y
venis á solvar á Fabiani. Gracias. Yo debia abor-
ceros, Juana; estar celosa de vos; tengo mil razo-
es para ello; pero no, os amo porque le amais. De-
nte del cadalso nada de celos, nada mas que el amor.
ois como yo, le perdonais, lo veo; los hombres no
mprenden esto, ¡ellos!.. Lady Juana, entendámo-
os, ambas somos bien desgraciadas, ¿no es verdad?
s preciso que Fabiani se salve; á nadie tengo sino
vos de quien poder valerme; pero estoy segura al
enos de que lo hareis con toda vuestra alma. En-
rgaos de ello. Vosotros dos obedecereis á lady Tal-
ot en todo lo que os mandare, y me respondeis con
uestra cabeza de la ejecucion de sus ordenes: ¡abra-
me criatura!

JUANA.

El Támesis baña por ese lado el pie de la torre
li he observado que hay una salida secreta; condu-
ll alli una barquilla, y por el rio se evadira con mas
guridad.

ENEAS.

Es imposible que pueda estar alli el barco an-
s de una hora.

JUANA.

¡Una hora! es demasiado.

ENEAS.

Bien pronto se pasa, entonces será ya de noche, y será aun mejor, una vez que S. M. quiere que la evasion sea secreta.

REINA.

Teneis razon tal vez. Bien, que esté pronto dentro de una hora. Lady Juana, os dejo, tengo precisamente que ir á la casa de ayuntamiento: salvad á Fabiani.

JUANA.

Estad sin cuidado, señora. *(La Reina sale, Juana le sigue con la vista.)*

JOSUE.

(Aparte.) Tenia razon Gilberto, es toda de Fabiani.

Escena VI.

Los mismos menos la Reina..

JUANA.

(A Eneas.) Habeis oido cuales son los deseos de la Reina: un barquichuelo al pie de la torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS.

Todo no puede estar antes de la noche, hasta de aquí á una hora, milady.

JUANA.

Bien; obedeced y dejadme con este hombre *(Eneas sale, Juana lo sigue con la vista.)*

JOSUE.

¡Con este hombre!..pero no es estraño que quier

a olvidado à Gilberto no reconozca á Josué. *(Se irige al calabozo de Fabiani, y va à abrirlo.)*

JUANA.

¿Que haceis.

JOSUE.

Prevenir vuestros deseos, milady; voy á abrir sta puerta.

JUANA.

¿De donde es esa puerta?

JOSUE.

Del calabozo de milord Fabiani.

JUANA.

¿Y esa otra?

JOSUE.

Del de otro preso.

JUANA.

Y quien es ese preso?

JOSUE.

Otro que está sentenciado á muerte, y que no noceis; un tal Gilberto, un artesano.

JUANA.

Abrid esa puerta.

JOSUE.

¡Gilberto! *(Abriendo.)*

Escena VII.

Juana, Gilberto y Josuè.

GILBERTO.

(Desde dentro.) ¿Quien me llama? *(Aparece en el umbral, ve à Juana, y se apoya temblando contra pared.)* ¡Juana!.... ¡Lady Talbot!...

JUANA.

(*Derrodillas sin levantar los ojos.*) Gilberto, vengo à salvaros.

GILBERTO.

¡A salvarme!

JUANA.

Escuchadme. Tened compasion de mi, y no me abrumeis con vuestras reconvenciones. Sé cuanto vais á decirme. Es justo, pero no me lo digais. Es preciso que os salve; todo está preparado. Dejadme que yo os salve como si cualquiera otra lo biciera; nada mas quiero; despues desconocedme: haced cuenta que no sabeis quien soy: no me perdoneis, pero dejadme que os salve.

GILBERTO.

Gracias. Es inutil: ¿á que salvar mi vida, lady Juana, si ya no me amais?

JUANA.

(*Con alegria.*) ¡Oh! Gilberto, ¿y es eso en efecto lo que me pedis? ¿os dignais aun ocuparos de lo que pasa en el corazen de la infeliz Juana? ¡Gilberto! ¿el amor que yo pueda tener por alguno os interesa todavìa, y os parece merecer la pena de averiguarlo? ¡Oh! yo creía que os era bien indiferente, y que me despreciabais lo bastante para no cuidaros de lo que yo hacia de mi corazon. ¡Si supieseis, Gilberto, el efecto que en él han hecho las palabras que acabais de decirme! Es un rayo de luz que penetra en la obscuridad. ¡Oh! escuchadme. Si yo me atreviese aun á acercarme á vos, si osára tocar vuestro vestido, tomar vuestra mano entre las mias, levantar los ojos hacia vos y hacia el cielo, como otras veces; ¿sabeis

os que os diria, derrodillas, postrada, regando vuestros pies de lágrimas con sollozos en la boca y la alegria en el corazon? Yo os diria: ¡Gilberto yo te amo!

GILBERTO.

(*Estrechandola con pasion entre sus brazos.*) Tù me amas!

JUANA.

Si, te amo.

GILBERTO

¡Me amas!...¡Ella me ama! ¡Dios mio! es cierto, es ella quien me lo dice, es su boca la que ha hablado: ¡Gran Dios!

JUANA.

¡Gilberto mio!

GILBERTO.

¿Decias que todo está pronto para mi fuga? Pronto, pronto! la vida, si, ya quiero vivír; ¡Juana me ama! Esta bòveda se desploma sobre mi cabeza, y me abruma. Tengo necesidad de respirar aire libre; aqui me ahogo; huyamos pronto, Juana: vamonos. Ya quiero vivir. sí...¡me ama! vamos, vamos.

JUANA.

Todavia no. Es preciso una barca, y esperar á que anochzeca: pero está tranquilo, te has salvado, antes de una hora estarémos fuera de aqui. La Reina está en la casa de ayuntamiento, y no vendrà tan pronto; yo mando aquí solamente, yo te lo esplicaré todo.

GILBERTO.

¡Esperar aun una hora! ¡oh! tengo priesa de recobrar la vida y la felicidad. ¡Juana, Juana! ¡allí estarás tú! ¡yo vivirè! ¡tú me amas! !ah! ¡yo vengo del

infierno! Contenme, haré mil locuras, ¿lo ves? Reiré cantaré....¿conque me amas?

JUANA.

Si, yo te amo, si, te amo. Creéme, Gilberto, e la verdad lo que te digo como si estuviera en el lech de la muerte....no amo sino á tí: aun en medio de m crìmen, en el fondo de mi corazon te amaba: apena caì en los brazos del demonio que me ha perdido lloré por el ángel que abandonaba.

GILBERTO.

Todo está olvidado, perdonado: no se hable ma de eso, Juana. ¿Que importa lo pasado ¿como pudie ra tenerlo presente al oir tu voz? ¿quién obraria d otro modo que yo? ¡ah! sì, todo te lo perdono, hij mia querida. El fondo del amor es la induljencia, e perdon. Juana, los celos y la desesperacion han se cado las lágrimas en mis ojos; pero yo te perdon te doy gracias, tú eres el solo astro resplandecient que hay en este mundo para mi, y á cada palabr que pronuncias siento morir un dolor y nacer u placer en mi alma.

JUANA.

¡Siempre generoso! siempre! ¿Querido Gilber to mio!

GILBERTO.

¡Oh! Ya quisiera estar fuera de aqui huyend bien lejos, libre contigo! ¿esta noche y ese barc cuanto tardan! Juana, esta noche misma saldremo de Londres sin tardanza: dejaremos la Inglaterra irémos á Venecia, alli ganan mucho los de mi ofici Tú serás mia...¡O Dios! ¡yo estoy loco! olvidaba

ombre que tienes, Juana. es demasiado hermoso; ija de lord Talbot!.

JUANA.

Yo se uno mas hermoso aun.

GILBERTO.

¿Cual?

JUANA.

Esposa del jornalero Gilberto.

GILBERTO

¡Juana!

JUANA.

¡Ah! no, no creas que yo pido tanto; conozco uan indigna de él soy: no levantaré á tanta altura is pensamientos, no abusaré hasta ese punto de tu generosidad; el pobre tallista Gilberto no debe deshonrarse casàndose con la condesa de Waterford. No, yo te seguiré, te amaré, no te dejará jamás, me senaré por el dia á tus pies y por la noche á tu puerta: e mirare trabajar, te ayudarè, te darè lo que necesites, seré pará ti algo menos que una hermana y algo mas que un perro,y si te casas, Gilberto, (porque Dios querrá que encuentres una mujer pura, sin tacha y digna de ti,) si te casas yo seré la criada de tu mujer si ella quiere; sino me iré.... me iré á morir donde pueda: no tedejaré sino en este caso: si no te casas me quedaré contigo ,serè dócil y obediente, ya lo verás; y si piensan mal de verme contigo, que piensen lo que quieran, no tengo de que avergonzarme, ya soy una mujer sín honra.

GILBERTO.

Tú eres un angel, eres mi mujer. [*Echandose à sus pies.*]

JUANA.

Tu mujer! tú no perdonas, sino como Dios, purificando;¡ah! bendito seas, Gilberto, por haber puesto esa corona sobre mi frente. *(Gilberto se levanta la estrecha contra su corazon, y mientras estàn abrazados, Josué viene y toma la mano de Juana.)*

JOSUE.

Es Josué, lady Juana.

JUANA.

¡Buen Josué!

JOSUE.

¿Ahora no me habeis reconocido? *(La besa la mano.)*

JUANA.

Es que era por él por quien debia empezar.

GILBERTO

¡Que felicidad! ¡es verdaderamente cierta tanta dicha! *(Oyese de fuera ruido lejano, gritos confusos, un tumulto.) (Va anocheciendo.)*

JOSUE.

¿Que ruido es ese? *(Va a la ventana de la calle.)*

JUANA.

¡O Dios mio! ¡haced que no suceda ningun contratiempo!

JOSUE.

Allá abajo se divisa un gran tropel; picos azadones, hachas de viento. Los pensionarios de la Reina á caballo y formados en batalla, todos se dirigen hácia aquì. ¡Que gritos! ¡diantre! parece un motin terrible.

JUANA.

¡Con tal que no sea contra Gilberto!

(Gritos lejanos.) ¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA.

¿Oís?

JOSUE.

Sí.

JUANA.

¿Que dicen?

JOSUE.

No puedo distinguir.

JUANA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Escena VIII.

Los mismos, Eneas y un barquero. (Entran por la parte secreta.)

ENEAS.

¡Milord Fabiani! ¡milord! No hay un momento que perder; se ha sabido que la Reina queria salvar vuestra vida, el populacho se ha alborotado, y si os deteneis un cuarto de hora, os van á arrastrar. Salvaos, milord: aqui están la capa y el sombrero, las llaves. el barquero...daos priesa, y no olvideis que á mí me lo debeis todo. [*Aparte al barquero.*] No te des priesa.

JUANA.

(Cubriendo con la capa y el sombrero precipitadamente à Gilberto.] [*Bajo à Josué.*] ¡Dios mio! ¿quiera el cielo que este hombre no le reconozca!

ENEAS.

(Mirando à Gilberto.) ¡Pero como! ¿no es lord Clambrasil? ¿no ejecutais las órdenes de la Reina, milady? haceis huir á otro en su lugar.

JUANA.

Todo está perdido...ya debiera yo haberlo previsto ¡ah! ¡Dios mio! es verdad, amigo, compadeceos...

ENEAS.

¡Silencio! Haced lo que querais; no he visto, no he dicho nada. *(Se retira hàcia el fondo con indiferiencia.)*

JUANA.

Que dice? ¡ah! la Providencia nos proteje; todos quieren salvar á Gilberto.

JOSUE.

No, lady Juana; es que quieren todos perder á Fabiani. *(Durante esta escena crece el tumulto.)*

JUANA.

Démonos priesa, Gilberto; apresurémonos, ven

JOSUE.

Dejadle partir solo.

JUANA.

¡Separarme de él!

JOSUE.

Por un momento nada mas. Si quereis salvarle no le acompañeis; aun es de dia y estais vestida de blanco; pasado el peligro os reunireis. Venid por aqui conmigo. El por allí.

JUANA.

Tiene razon Josué. ¿Donde me reuniré contigo Gilberto?

GILBERTO.

Bajo el primer arco del puente de Londres.

JUANA.

Bien, parte pronto: el ruido se aumenta, ¡ah! ¡a quisiera que estuvieras lejos.

JOSUE.

Aquí están las llaves: doce puertas hay que abrir y cerrar desde aquí hasta la orilla del rio: tenéis para un cuarto de hora.

JUANA.

¡Un cuarto de hora! ¡doce puertas! ¡Dios mio!

GILBERTO.

(*Abrazàndola.*) Adios, Juana: algunos instantes de separacion todavia, y nos reuniremos para siempre.

JUANA.

Para la eternidad. (*Al barquero.*) Amigo, os encargo que cuides de él.

ENEAS.

Por temor de alguna desgracia no te apresures. (*Salen Gilberto y el barquero.*)

JOSUE,

¡Se ha sálvado! ahora cuidemos de nosotros. Cerremos este calabozo. (*Cierra.*) Está hecho: venid pronto, por aquí. [*Sale con Juana por la otra puerta secreta.*]

ENEAS SOLO.

Fabiani ha quedado en la trampa. He aquì una muchacha bien despavilada, que Simon Renard hubiera pagado muy bien: pero ¡como lo tomará la Reina! con tal que no recaiga sobre mí. [*Simon y la Reina entran precipitadamente por la galeria. El tumulto esterior crece cada vez mas; es casi de noche. Gritos de muerte, hachas encendidas, ruido de las olea-*

das de la multitud, rumor de armas, tiros ruido, de caballos. Muchos caballeros con la daga en la mano acompañan à la Reina: entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarense, con el estandarte real; el heraldo de la Jarretierra con el de la órden.

Escena IX.

La Reina, Simon Renard, Maese Eneas, lord Clinton, los dos heraldos, caballeros, pages etc.

LA REINA.

[*Aparte à Eneas.*] ¿Se ha huido Fabiani?

ENEAS.

Todavìa no.

REINA.

¡Todavia no! [*Le mira con aire terrible.*]

ENEAS.

¡Diantre!

[*Gritos fuera.*] Muera Fabiani.

SIMON.

Es preciso que V. M. tome al momento algun partido; el pueblo quiere la muerte de ese hombre Londres está ardiendo, la torre asaltada la conmocion es terrible. Los guerreros de la nobleza han sido destrozados en el puente de Londres. Los pensionarios de V. M. se sostienen aun; pero desde la casa de ayuntamiento hasta aqui, iban de calle en calle buscando á V. M. Los partidarios de madama Isabel se han mezclado con el pueblo, y bien se co

oce que á favor de la sedicion tratan de lograr sus royectos! Todo está bien triste. ¿Que dispone V.M.?

[*Gritos.*] Muera Fabiani. [*Se acercan aumentando*]

REINA.

¡Muera Fabiani! Milores, ¿ois ese pueblo que uje? Es preciso entregarles un hombre: quiere saiar su rabia.

SIMON.

¿Que manda V. M.?

REINA.

¡Por Dios! milores; me parece que temblais tos. ¡Por mi alma! ¿Es preciso, caballeros, que una ujer os enseñe vuestro deber? A caballo, milores á aballo: ¿os intimida la canalla? ¿las espadas tienen iedo à sus palos.

SIMON.

No dejeis, señora, que la cosa vaya mas lejos; eded, que aun es tiempo; podeis aun llamar canaa á esos que gritan, dentro de una hora os vereis bligada á llamarlos pueblo.) *Redobla y se acerca la nfusion.*]

REINA.

¡Dentro de una hora!

SIMON.

[*Yendo y volviendo de la galeria.*] Dentro de un uarto de hora. El primer recinto de la torre ha sio forzado: un paso falta y el pueblo está aquí.

[*Gritos.*] A la torre, á la torre. Muero Faiani.

REINA.

¡Que bien dicen que el pueblo es un monstruo ¡Fabiano!

SIMON.

¿Quereis verle descuartizar en un instante vuestra vista?

REINA.

Pero sabeis que es indigno; ¡que no haya un de vosotros que se mueva, caballeros! Defendedme pues.

CLINTON

A vos, señora, si; á Fabiani, no.

REINA.

Pues bien, ¡Cielos! lo digo en alta voz, Fabian es inocente; Fabiano no ha cometido el crímen po que se le ha condenado. Yo soy, y ese Gilberto, es tallista, quien todo lo ha hecho, lo ha inventado, l ha supuesto. Es una farsa. ¿Os atrevereis á desmen tirme Sr. Bailío? Ahora defendedlo. Señores, es inc cente, os digo, por mi cabeza, sobre mi corona, po Dios mismo, por el alma de mi madre; es inocent Es tan verdad esto, como que vos estais ahí, lor Clinton: defendedle, destruid á ese populacho c mo destruisteis á Tom Wyat mi valiente Clinto mi antiguo amigo, mi buen Roberto. Os juro que falso que Fabiani haya querido asesinar á la Rein

CLINTON.

Otra Reina hay, señora, à quien él ha queric asesinar, la Inglaterra.

REINA.

Abrid, abrid el balcon. [*Redoblan los gritos* Quiero probar por mi misma al pueblo que no culpable.

SIMON.

Probadle señora que no es italiano.

REINA.

Cuando pienso que es un Simon Renard, una hechura del cardenal de Grawelle, ¿quien se atrave á hablarme asi?... Vamos abrid esa puerta, abrid ese calabozo. Fabiano está ahí; quiero verle, quiero hablarle.

SIMON.

¿Que haceis señora? por su propio interes, es oportuno hacer saber á todos donde está.

[*Pueblo.*] Muera Fabiani: Viva Isabel.

SIMON.

Ved, señora, que ya gritan viva Isabel.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio!

SIMON.

Escojed, señora, [*Señala el calabozo.*] esa cabeza al pueblo, ó esa [*Señala la corona que lleva la Reina.*] corona á madama Isabel.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva Isabel. [*Una piedra viene à romper los cristales.*]

SIMON.

V. M. se pierde sin salvarle: han forzado el segundo patio. ¿Que disponeis?

REINA.

Sois todos unos malvados, y Clinton el primero. Ah, Clinton! ¡yo me acordaré toda mi vida!

SIMON.

¿Qué resolveis?

REINA.

¡Oh! que me abandoneis todos, ¿Que caballeros son estos? Ese pueblo es infame; quisiera pulverizarlo bajo mis pies. Es cierto que hay ocasiones en que una Reina no es mas que una mujer; pero os juro, caballeros, que lo pagareis bien caro.

SIMON.

¿Qué es lo que resolveis?

REINA.

Lo que querais; haced lo que querais; sois un asesino. ¡Oh! Fabiani. *(Aparte.)*

SIMON.

Clarence, Jarretiera, ven conmigo; Maese Eneas, abrid el mirador. *(Abre Simon, con Clarence y Jarretiera à derecha é izquierda: gran rumor fuera*

(Pueblo.) Fabiani, Fabiani.

SIMON.

(En el balcon vuelto al pueblo.) En nombre de la Reina.

(Heraldos. ¡En nombre de la Reina!

SIMON.

Habitantes de Londres, la Reina os hace saber: que hoy mismo, esta misma noche, una hora despues de la oracion, Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, cubierto de pies á cabeza con un velo negro, con una mordaza en la boca, y una antorcha de cera amarilla en la mano, será conducido desde la torre de Londres por Charing-Cross al mercado viejo para ser alli publicamente decapitado, en reparacion de sus crimenes de alta traicion, y de atentado de

ejicidio contra el primer gefe del estado, y contra
a persona real y sagrada de S. M.

(Palmoteo fuera.)

(Pueblo.) Viva la Reina: Muera Fabiani.

SIMON.

Y para que nadie alegue ignorancia, manda la Reina: que durante el tránsito del sentenciado desde la torre al mercado viejo, la campana de la torre anuncie este acontecimiento. La primera campanada será cuando salga de la torre; la segunda cuando suba al cadalso, y la tercera cuando caiga su cabeza. *Aplausos.*) Esta noche la torre y la ciudad de Londres se iluminarán en señal de regocijo. He dicho: Dios proteja á la antigua Inglaterra. *Aplausos.*]

[*Heraldos.*] Dios proteja la antigua Inglaterra.

[*Pueblo,*] Muera Fabiani: Viva Maria: Viva la Reina. [*Cierra el balcon y Simon viene à la Reina*]·

SIMON.

Jamas madama Isabel me perdonará lo que acabo de hacer.

REINA.

Ni la Reina Maria tampoco. Dejadme, caballeros, *(Los despide con un jesto.)*

SIMON.

(Bajo à Eneas.) Maese Eneas, velad sobre la ejecucion.

ENEAS.

Descansad en mí. [*Simon sale: al ir à hacerlo Eneas, corre à él la Reina, y lo agarra con fuerza de un brazo.*

Escena X.

La Reina y Eneas.

[*Gritos.*] Muera Fabiani: muera.

REINA.

¿Cuál de las dos cabezas crees tú que vale mas en este momento la suya, ò la tuya?

ENEAS.

¡Señora! ¡Que diantre! [*Aparte.*]

REINA.

Nada de disculpas. Te juro por mi madre, que si Fabiano muere, mueres tú.

ENEAS.

Pero, señora....

REINA.

Sálvale y te salvarás, de otro modo; no.

[*Gritos.*] Muera Fabiani: muera.

ENEAS.

¡Salvar à lord Clambrasil! Pero como el pueblo está ahì...es imposible...¿porque medio?

REINA.

Busca uno.

ENEAS.

¡Pero de que modo!...¡Dios mio!

REINA.

Haz como por tí mismo.

ENEAS.

Pero el pueblo estará sobre las armas hasta que la ejecucion se haya verificado. Para apaciguarle, es menester decapitar à alguien.

REINA.

A quien tu quieras.

ENEAS.

¡A quien yo quiera! Esperad, señora; la ejecu-
ɔn se hará de noche; el reo irà cubierto de un ve-
negro con una mordaza en la boca; el pueblo
artado à bastante distancia del cadalso por los sol-
dos como siempre, bastará que vea caer una cabe-
. Puede ser muy bien, con tal que este allì el
rquero que le encargué no se diera prisa,....[*Va à
ventana que dà al Tàmesis*] Allì está aun. Toda-
ı es tiempo. [*Hace señas con el pañuelo desde la
ıtana.*] Bien. Os respondo de milord Fabiani,
ñora.

REINA.

¿Con tu cabeza?

ENEAS.

Con mi cabeza.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA TERCERA JORNADA.

MARIA TUDOR.

JORNADA TERCERA.

SEGUNDA PARTE.

Una especie de sala, donde vienen à terminar dos escaleras, una que sube y otra que baja: la entrada de cada una ocupa una parte del teatro; la que sube se pierde en el friso, la que baja en el suelo: no se vé de donde vienen ni adonde van estas escaleras. La sala está enlutada de un modo particular: la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo cubiertas de un paño negro cortado por una gran cruz blanca. el fondo que hace frente al espectador cubierto de un paño blanco con cruz negra. Este color negro y blanco se prolongan cada uno por su lado hasta perderse de vista por las dos escaleras: á derecha é izquierda un altar cubierto de negro y blanco, adornado como para un funeral, con grandes hachas: alguna que otra làmpara fúnebre, colgada de las bovedas, alumbra débilmente la sala: lo que realmente ilumina la sala, es el gran paño negro del fondo, à través del cual pasa una luz rojiza, como si detras hubiése un horno ardiendo: la sala está pavimentada de lozas sepulcrales. Al alzar el telon se ve dibujada en negro sobre el paño transparente la sombra inmóvil de la Reina.

Escena I.

Juana y Josué.

[*Entran con precaucion, levantando uno de los paños negros por una puerta pequeña y secreta.*]

JUANA.

¿Donde estamos, Josué?

JOSUE,

En la meseta grande de la escalera por donde bajan los sentenciados al suplicio, construida y hecha adornar así por Henrique VIII.

JUANA.

¿Y no hay medio de salir de la torre?

JOSUE,

El pueblo guarda todas las salidas. Esta vez quiere asegurarse de su presa: nadie podrá salir antes de la ejecucion.

JUANA.

La proclama que desde ese balcon se acaba de hacer resuena aun en mis oidos. ¿La oisteis cuando estábamos allá bajo? Todo esto es horrible, Josué.

JOSUE.

¡Ah! yo he visto mucho de esto.

JUANA.

¡Con tal que Gilberto se haya podido escapar! ¿Creeis que se habrá salvado, Josué?

JOSUE.

¡Salvado! Estoy seguro.

JUANA.

¿De veras, Josué?

JOSUE.

Sin duda: la torre no ha sido asaltada por la parte del rio; y luego cuando él marchó el motin no era lo que ha sido despues. ¿Sabeis que ha sido un alboroto de los buenos?

JUANA.

¿Estais cierto de que se ha salvado?

JOSUE.

Y de que os espera á estas horas debajo del primer arco del puente de Londres, donde os reuniréis con él antes de media noche.

JUANA.

¡Dios mio! ¡Con que inquietud va á estar! [*Retirando en la sombra de la Reina.*] ¡Cielos! ¿Que sombra es esa, Josué?

JOSUE.

Silencio. Es la leona que acecha. [*Mientras Juana considera esta sombra con temor, se oye una voz lejana que parece venir de arriba, que pronuncia lenta y distintamente estas palabras.*]

[*Voz dentro.*] Este hombre que viene detras de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Cambrasil, baron de Dinasmondi, baron de Darbouth en Devonshire, que va à ser decapitado en la plaza de Londres, por crimen de regicidio y de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

[*Otra voz.*] Rogad por su alma.

JUANA.

Josué, ¿ois?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á oir todos los dias es-

tas cosas. [*Se deja ver en lo alto de la escalera u acompañamiento fúnebre que va descubriendose à me dida que va bajando. Al la cabeza un hombre vestid de negro con una bandera blanca con cruz negra: de tras Maese Eneas Dulverton, con una gran capa ne gra y su baston blanco de condestable; luego un grup de alabarderos vestidos de encarnado: detras el ver dugo con su cuchilla à la espalda, vuelto el corte hàci el que le sigue: tras él un hombre cubierto entaramen de un velo negro que le arrastra: solo se descubre d él un brazo desnudo con una hacha de cera amarill encendida. Despues un hombre vestido de blanco co una bandera negra con una cruz blanca: à derecha izquierda dos filas de alabarderos con hachas.*)

JUANA.

Josué, ¿veis?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á ver de esto todos l dias. (*Al desembocar en el teatro se para el acompa ñamiento.*)

ENEAS.

Este hombre que viene detras de mi, ect.

[*Otra voz.*] Rogad por su alma. [*El acompa ñamiento atraviesa lentamente el teatro.*]

JUANA.

¡Que cosa tan terrible es la que estamos vie do, Josué: la sangre se hiela en mis venas.

JOSUE.

¡Malvado Fabiani!

JUANA.

Nada de rencor ya, Josuè; malvado, sí, pe

bien infeliz tambien. *(El acompañamiento llega à la otra escalera: Simon Renard que hace algunos momentos ha aparecido à la entrada de ella, y que todo lo ha observado, se aparta para dejarlo pasar: la comitiva se oculta bajo la bóveda de la escalera, y va desapareciendo. Juana la sigue con la vista, aterrada: luego que ha desaparecido todo, dice Simon Renard,)*

SIMON.

¿Que significa esto? ¿Este es Fabiani? yo le creia menos grande. ¿Será que Maese Enéas?.,. La Reina me paraece que le detuvo un momento. Veamos. *[Baja la escalera tras el acompañamiento.]*

[*Voz lejos.*] Este hombre que viene detras de mi ect.

[*Otra voz.*] Rogad por su alma,

JOSUE,

La campana grande va á anunciar su salida de la torre. Acaso os será posible escaparos ahora. Voy á tratar de buscar un medio. Esperadme aquí: vuelvo al momento.

JUANA.

¿Os vais Josué? Voy á tener miedo aquí sola. Dios mio!

JOSUE.

No podriais ir conmigo por toda la torre sin correr peligro, y es preciso que salgais de ella: reflexionad que Gilberto os aguarda. *(Vase Josué.)*

JUANA.

Gilberto! Sí, todo por él: andad. ¡Oh! ¡que espectáculo tan horroroso! ¡Cuando pienso que esto

mismo hubiera sido para Gilberto, ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! Vos sois el Dios Salvador, porque habeis salvado á Gilberto. *(El paño del fondo se entreabre y aparece la Reina que se adelanta à grandes pasos sin ver à Juana.)* ¡Dios mio! ¡La Reina!

Escena II.

Juana y la Reina. (Juana se refugia al altar echando sobre la Reina una mirada de espanto y de terror: la Reina està muda algunos instantes, con los ojos fijos, pàlida, como absorta en un sueño, y por último arroja un profundo suspiro.

REINA.

¡O pueblo! ¡Quién está àquì! *(Repara en Juana.)* ¿Eres tu muchacha! ¿Sois vos lady Juana! Os hago miedo. Vamos no temais. El carcelero Eneas nos ha vendido, ?sabeis? Pero no temas, criatura ya te he dicho que nada tienes que temer de mì Lo que un mes hace podia perderte, ahora te salva Tú amas á Fabiano, y solas tú y yo en el mundo le quedan. Somos hermanas.

JUANA.

Señora.

REINA

Sí, tù y yo, dos mugeres; he aquí lo que le ha quedado sobre la tierra. Todo lo demas es contra él Toda una ciudad, todo un pueblo, el mundo todo Lucha desigual del amor contra el odio. Para Fabiano, el amor es triste, espantoso, horrible: tiene tu

rente pálida, mis ojos llenos de lágrimas, se oculta ba-
o un altar fúnebre; ruega por tu boca, y maldice por
u mia. El odio se le presenta fiero, radioso, triunfan-
e, armado y vencedor; tiene la corte, el pueblo, las
nasas de hombres que llenan las calles, lanzando
ritos de muerte y de alegria, soberbio, altivo, po-
eroso, el amor helo aquí; dos mugeres vestidas de
nto, llorando sobre una tumba. El odio, helo allí.
(Descorre con violencia el paño blanco del fondo, que
eparandose deja ver un balcon, y mas allà perdiéndo-
e de vista, la ciudad iluminada en una noche obscura:
o que se ve de la torre està tambien iluminado. Juana
ja sus ojos absortos en este espectàculo que aclara la
scena.) ¡Oh! ¡Ciudad infame, revoltosa, maldita
ue empapa sus vestidos de fiesta en sangre, y que
lumbra con sus antorchas al verdugo. Tienes mie-
o. Juana, ¿no es verdad? ¿No te parece como á mì
ue se burla indignamente de nosotras, y que mira
on sus centellantes ojos à estas dèbiles mugeres per-
idas y solas sobre este sepulcro? Juana, ¿oyes como
uje y rie esa ciudad infame? ¡Oh! ¡Inglaterra! ¡Lon-
res serà tu destruccion! ¡Como quisiera yo poder
ambiar esas hachas en blandones, esas luces en lla-
nas, y esa iluminacion en una ciudad ardiendo.

(Voces dentro.) Allí está. Allí está. Muera Fa-
liani. *(Rumor, aplausos, gritos confusos.)*

JUANA.

¡Gran Dios! ¡Ya *(Suena la campana grande: al*
irlo la Reina se pone á reir horriblemente.) sale el
nfeliz! ¿Os reis, señora?

REINA.

Si, me rio... *(Rie.)* Tú te reiriais tambien; pero

antes voy à cerrar este paño; me parece siempre qu
no estamos solas y que esa ciudad hororosa nos ve
nos oye. *(Corre la cortina.)* Ahora que ya ha salido
que no corre ningun peligro, puedo decírtelo. Per
rie, burlemonos juntas de ese pueblo que quiere be
ber sangre. ¡Oh! ¡Es muy gracioso! Juana, ¿tiem
blas por Fabiano? Tranquilizate, rie conmigo, te di
go: el hombre que tienen entre sus garras, creyend
que es Fabiano...no es él. [*Rie.*]

JUANA.

¿No es Fabiano?

REINA.

No.

JUANA.

¿Quien es pues?

REINA.

Es el otro.

JUANA.

¿Qué otro?

REINA.

Bien lo sabes.Ile conoces: ese artesano, ese hon
bre....¿Que importa?

JUANA.

¿Gilberto?

REINA.

Si, Gilberto, ese es su nombre.

JUANA.

¡Oh! ¡Señora! No, no es posible. ¡Gilberto! Es
seria horroroso. ¡Si se ha fugado!....

REINA.

Si, se ha fugado; pero al verificarlo lo han vue
to á cojer, y le han puesto bajo el velo negro en l

ar de Fabiano; la ejecucion es de noche; el pueblo ada verá. Tranquilizate.

JUANA.

¡Ah, señora! Gilberto es el que yo amo.

REINA.

¡Como! ¿Que dices? ¿Tu desvarias? ¿Tu me enanabas tambien? Conque es Gilberto el que amas? Pero que me importa à mi!

JUANA.

(Echandose à sus pies y sollozando.) ¡Señora, or compasion! ¡En nombre del cielo, señora! ¡Por uestra corona, por vuestra madre, por los ángeles, eñora! ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¡Estoy loca, señora, alvad á Gilberto! El es mi ecsistencia, es mi espo-....Acabo de deciros todo lo que ha hecho por mí; ue me ha adoptado, me ha criado, ha ocupado dese mi infancia el lugar de mi padre que murió por uestra madre. Señora, ya veis que no soy sino una nfeliz, y que no debeis ser cruel conmigo. Lo que cabais de decirme ha sido un golpe tan terrrible pa- mi corazon, que no se como tengo fuerza para ablaros. Yo no se lo que me digo pero es preciso ue hagais suspender la ejecucion; al instante haedla suspender; diferidla á mañana; que haya tiemo de reflecsionar solamente. Ese pueblo esperará á mañana, y entretanto pensaremos lo que se ha de acer. No, no meneeis la cabeza; no, no quiero que uestro Fabiano peligre, no; ponedme a mi en su ugar bajo el velo negro; por la noche ¿quién puede ospechar? ¿Salvad á Gilberto! ¿Que os importa él i yo? Pero yo quiero morir. [*Campana.*] ¡Ah! Dios mio! ¡Esa campana, esa horrorosa campana!

Cada uno de sus golpes es un paso para el cadalso y una puñalada para mi corazon. Haced lo que os digo señora, ¡por compasion! Vuestro Fabiano no correrá peligro: dejadme besar vuestras manos, señora. ¿Cuanto os amo!...¡si supierais¡....Todavia no os lo he dicho; pero os amo muchisimo porque sois una gran Reina. ¿No veis como beso vuestras hermosas manos?...¡Oh! una òrden, una òrden para suspender la ejecucion. Todavia es tiempo, os lo aseguro. Van muy despacio: la torre está lejos del mercado viejo; el hombre que habló desde el balcon, dijo que pasarian por Charing-Cross. Hay otro camino mas corto; un hombre á caballo llegaria aun á tiempo. En el nombre del cielo, señora, compadeceos; poneos en mi lugar. Suponed que yo soy la Reina y vos esta muchacha infeliz: vos llorariais como yo, y yo os haria gracia. ¡Gracia, señora! ¡Oh! ¡ya temia que las lágrimas me ahogarian, no me dejarian hablar!....¡Oh Al instante suspended la ejecucion. Esto no ofrece inconveniente alguno, señora: ningun riesgo para Fabiani, os lo juro. ¿Qué? ¿Creis en verdad que no puede hacerse lo que digo, señora?

REINA.

[*Enternecida y levantàndola*] ¡Bien quisiera hacerlo, infeliz! ¡Ah! Tú lloras como yo lloraba. Yo he sentido lo mismo que tu ahora, y los tormentos que he sufrido me hacen compadecer de los tuyos. Mira, no ves como lloro tambien? ¡Es mucha fatalidad! ¡Pobre criatura! Bien creo que se hubiera podido poner á otro en su lugar, á Tyrconel por ejemplo; pero este es demasiado conocido; era preciso un

hombre oscuro, y no habia mas que este á mano. ¿Lo entiendes ahora todo? ¡Ah! ¡Dios mio! hay situaciones en que se halla una atada...en que nada puede...

JUANA.

Si señora, os escucho; yo tambien os diria otras cosas; pero quisiera que la òrden para suspender la ejecucion estuviese ya firmada, y que el portador hubiese ya marchado. Despues de hecho esto, hablaremos mejor. (*Campana.*) ¡Oh! ¡Esa campana! ¡Dios mio!

REINA.

Lo que quieres no puede ser; es imposible lady Juana.

JUANA.

Sí, si puede ser: un hombre á caballo: hay un camino mas corto que el muelle: yo iré: es posible... muy fácil.

REINA.

Pero el pueblo no querria; vendria á la torre á devorar à Fabiano que no ha salido aun. ¡Tiemblas, sobre criatura! Yo tambien. Ponte ahora tú en mi lugar; pero yo podia ahorrarme el trabajo de esplicarte todo esto: ya ves que hago lo que puedo. No pienses mas en ese Gilberto, se acabò; resignate.

JUANA.

¿Se acabó, decis? No, no se acabó mientras esa terrible campana no cese de tocar. ¡Resignarse á la muerte de Gilberto! ¿Y creeis que yo le dejaré morir así? No señora. ¡Ah! son en vano mis lágrimas... no me escuchais? Pues bien, si la (*Rumor.*) Reina me oye, el pueblo me oirá. Mirad. ¡Ah! El pue-

blo está aun en el segundo patio. Vos hareis luego de mì lo que querais; pero voy á gritarle que le engañan, que es Gilberto, un trabajador como ellos y no Fabiani.

REINA.

Detente, miserable criatura. *(La coje del brazo con furor.)* ¡Ah! yo soy buena, dulce, lloro contigo, ¿y tu te vuelves loca y furiosa? ¡Ah! mi amor es tan grande como el tuyo, y mi mano mas fuerte. No saldrás con tu empresa. ¡Ah! ¡Tu amante! ¿Que me importa á mí? Yo creo que todas las jòvenes de Inglaterra van á venir á pedirme cuenta de sus amantes. ¡Pardiez! Yo salvo el mio como puedo, y á despecho de ese pueblo que está ahì; cuidad cada uno el vuestro.

JUANA.

Dejadme. ¡Ah! muger infame, yo te maldigo.

REINA.

¡Silencio!

JUANA.

No, no quiero callar. ¿Quereis que os diga un pensamiento que me ocurre ahora? Yo no creo que es Gilberto el que va á morir.

REINA.

¿Qué dices?

JUANA.

No se; pero le he visto pasar bajo aquel velo negro; y me parece que si hubiese sido él, algun movimiento, algun grito interior se hubiera levantado de mi corazon, y me hubiera dicho: ¡es Gilberto! No, yo no he sentido esa voz....no, no es él.

REINA

¿Que dices? ¡Dios mio! Tú estas loca; lo que dices es un disparate, pero me horroriza; sin saber porque vienes à despertar una secreta inquietud en mi corazon. ¡Ah! Porque me ha impedido este alboroto velar por mi misma sobre todo. ¡Porque yo habré encargado á otro que á mí la salvacion de Fabiano! Eneas Dulverton es un traidor acaso. Simon Renard estaba allí con él. Quiera Dios que no me hayan vendido segunda vez, que no sea Fabiano en efecto....¡Hola! pronto....No hay aqui nadie....[*Salen los carceleros.*] Corred aqui está mi [*Al primer carcelero.*] anillo Real: decid que se suspenda la ejecucion. Pronto; al mercado viejo....(*Sale carcelero..*] Decias tû que hay un camino mas corto?

JUANA.

Si señora; por el muelle.

REINA.

Por el muelle, un caballo, un caballo: corre. Tú (*Al segundo.*) ve inmediatamente á la torrecilla de Eduardo el confesor; alli hay dos calabozos: en el uno hay un hombre, traélo aquí al momento. (*Vase el carcelero.*) ¡Ah! ¡yo tiemblo! Mis rodillas se doblan. No tendria fuerzas para ir yo misma. ¡Ah! me vuelvo loca como tu! ¡Yo te maldigo como tu me maldices! ¡Dios mio! ¿Llegara á tiempo ese hombre? Que horrible angustia! Yo nada veo... mi imajinacion se turba. [*Campana.*] ¿Por quien toca esa campana, por Gilberto ó por Fabiani?

JUANA.

Ya cesa.

REINA.

Es que han llegado á la plaza de la ejecucion El hombre no habra tenido tiempo. (*Cañonazo.*)

JUANA.

¡Cielos!

REINA.

Ya sube al cadalso. [*Cañonazo.*] Se arrodilla

JUANA.

¡Dios mio! [*Cañonazo.*]

LAS DOS.

¡Ah!

REINA.

Ya no ecsiste mas que uno: pronto sabremo cuál de los dos. ¡Dios mio! Haced que sea Fabian el que va á entrar.

JUANA.

¡Dios mio! que sea Gilberto. (*La cortina de fondo se àbre. Simon conduce à Gilberto por la mano Se precipitan el uno en los brazos del otro.*

JUANA.

¡Gilberto!

REINA.

¿Y Fabiani?

SIMON.

Muerto.

REINA.

¡Muerto! Muerto. Y quien se ha atrevido.

SIMON.

Yo. He salvado á la Reina y á la Inglaterra.

FIN.

Se halla de venta en la Libreria de Hernandez.

Este Drama es igual en un todo al de la Edicion Española, no ha tenido mas variacion que el aumento de dos láminas, una con el retrato del Autor y la otra con una Escena del acto segundo.